

Moyo, Sam; Yeros, Paris. **El resurgimiento de los movimientos rurales bajo el neoliberalismo.** *En publicación: Recuperando la tierra. El resurgimiento de movimientos rurales en África, Asia y América Latina.* Sam Moyo y Paris Yeros [coord.]. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. 2008. ISBN 978-987-1183-85-2

Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/sursur/moyo/02MoYeros.pdf>

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la Red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>
biblioteca@clacso.edu.ar

SAM MOYO*
PARIS YEROS**

EL RESURGIMIENTO DE LOS MOVIMIENTOS RURALES BAJO EL NEOLIBERALISMO

UNA CARACTERÍSTICA CENTRAL del desarrollo del capitalismo en el siglo XX ha sido la rápida expansión de la fuerza laboral mundial¹. Habiendo comenzado con los proyectos de desarrollo nacional del período de posguerra, más notablemente con la revolución verde, y continuado con los programas de ajuste estructural del período neoliberal, esta expansión ha sido secundada por la creación de un ejército internacional de reserva laboral a una escala sin precedentes. En términos generales, esta fuerza de trabajo está localizada en la periferia del sistema e, incluso,

* Sam Moyo es director ejecutivo del Instituto Africano de Estudios Agrarios, Harare, Zimbabwe. Ha publicado extensamente sobre tierra, temas agrarios y ambientales en Zimbabwe, y sur de África. Fue profesor asociado de Estudios Agrarios en la Universidad de Zimbabwe hasta 2000, y también director de varias redes de investigación e institutos en África.

** Paris Yeros ha sido profesor visitante en el Departamento de Economía, Universidad Federal de Paraná, Brazil. Escribió su tesis doctoral sobre la cuestión agraria en Zimbabwe en la London School of Economics. Ha sido editor de las revistas londinenses *Millennium* e *Historical Materialism*.

1 Agradecemos a Henry Bernstein, Claus Gemen, Gerardo Otero y Nilson Maciel de Paula por sus comentarios y críticas perspicaces. Los errores de hecho y de interpretación nos pertenecen.

continúa en un estado de semiproletarización, tanto en la ciudad como en el campo. Así se reproduce, en parte, fuera del circuito del capital y en el proceso conocido como subdesarrollo.

Mientras el proceso de proletarización ha sido la consecuencia natural de la transición hacia el capitalismo mundial, su naturaleza truncada fue resultado de un tipo específico histórico de transición hacia el capitalismo, caracterizado por la ausencia o la imposibilidad de completarse de la transformación industrial en la periferia, es decir, de la resolución de la cuestión agraria. Una consecuencia ulterior ha sido el fracaso de los estados periféricos para conseguir su soberanía nacional, el principio establecido como un derecho universal desde la abolición de la raza como principio de orden mundial (imperialismo formal).

El saber prevaleciente en el último cuarto de siglo demandó algo diferente. En términos conceptuales, se ha argumentado que las cuestiones agrarias y nacionales han sido resueltas y/o se convirtieron en irrelevantes; en términos concretos, se ha alegado que el desarrollo y la diversificación de las fuerzas productivas nacionales procedieron a buen ritmo, de hecho, en forma satisfactoria, por medio de inversiones extranjeras directas, o que no necesitarán proceder de esa manera, pues encontrar las “ventajas comparativas” en la agricultura sería suficiente para el desarrollo. Tales reclamos son, en realidad, altamente ideológicos y efectivamente esenciales para la conducta del imperialismo en el período neoliberal. Y, lo que es peor, la estructura conceptual de estas demandas ha infiltrado las fuerzas de la “oposición” al neoliberalismo, sin dejar de lado al sindicalismo internacional y al movimiento antiglobalización.

El último evento es, en sí mismo, una continuación de las contradicciones históricas dentro del “internacionalismo laboral” que, al derivar de la relación centro-periferia del sistema de los estados, están marcadas por una falla persistente de la clase trabajadora como un todo para llevar a cabo el cumplimiento de la soberanía nacional en la periferia. En efecto, la clase trabajadora soportó el peso de la reestructuración neoliberal, tanto en el centro como en la periferia, y ha llegado incluso a erosionar los derechos democráticos históricamente obtenidos en el centro. Pero los “derechos humanos” y los “discursos posnacionales” resultantes del internacionalismo contemporáneo han sumergido, convenientemente, las cuestiones nacionales y agrarias. No es una casualidad que el grueso de la crisis de la década del setenta se haya desplazado, mediante programas de ajuste estructural, más allá de las fronteras de los Estados centrales. Como consecuencia, la reproducción social de la clase trabajadora sigue dependiendo del desarrollo del subdesarrollo en la periferia.

En este libro indagamos la dinámica política y socio-económica del subdesarrollo en el curso de la reestructuración neoliberal. Desde una perspectiva socio-económica, encontramos que el campesinado no ha

“desaparecido” íntegramente, sino que los costos de la reproducción social, tal como han estado sistemáticamente “expulsados” por el capital, han sido absorbidos por la semiproletarización. En términos políticos, encontramos una diversidad de movimientos rurales que van desde el más organizado hasta el más espontáneo, con diferentes modos de movilización y notables divergencias ideológicas, estratégicas y tácticas. Sin embargo, todos ellos comparten la misma base social en el campesinado semiproletarizado, el proletariado sin tierra y los desempleados urbanos. Ellos son militantes de la tierra y de la reforma agraria y, frecuentemente, emplean la táctica de la ocupación de tierras. En el más organizado de los casos, se han convertido en las fuerzas líderes de oposición al neoliberalismo y al estado neocolonial, al tiempo que el sindicalismo ha sufrido una desorganización y una cooptación. La conclusión a la cual arribamos es que el núcleo de las políticas antiimperialistas actuales –y por consiguiente del internacionalismo laboral genuino– se encuentra en los campos de la periferia.

LA CUESTIÓN NACIONAL Y AGRARIA BAJO EL NEOLIBERALISMO

El período que sigue a la crisis de la década del setenta se conoció como el de la “globalización”. Originado en la restricción de ganancias de finales de la década del sesenta, ha sido definido por la reestructuración del capital industrial y su financiación, la desregulación de los sistemas globales financiero y monetario y, en última instancia, por el colapso del compromiso del Estado de bienestar en el centro y el proyecto de desarrollo nacional en la periferia. La globalización, ciertamente, supuso una “ruptura” con el pasado. Pero, en rigor, ¿de qué tipo de ruptura se trata? La respuesta continúa siendo materia de disputa.

LA CUESTIÓN NACIONAL BAJO EL NEOLIBERALISMO

De un lado del debate están aquellos que insistieron en que, en virtud de la reestructuración y el traslado del capital, tuvo lugar una “convergencia” entre el Norte y el Sur. Algunos, concluyeron que el levantamiento de las barreras al capital o, de otra manera, la profundización de las redes transnacionales políticas y sociales, ha conducido a la redundancia del Estado. Las implicaciones generales han sido que el capitalismo se abocó a cumplir su destino histórico, que la herencia centro-periferia ha sido invalidada, y que la cuestión nacional es en sí misma redundante². Tales posturas no han sido las predilecciones exclusivas

2 El argumento ha tendido a oscurecer dos nociones diferentes de Estado, como una entidad jurídico-normativa y como un aparato burocrático coercitivo.

de los liberales utópicos (Ohmae, 1990), pero sí fueron difundidas por liberales heterodoxos (Strange, 1996), así como por marxistas influyentes (Warren, 1980; Hardt y Negri, 2000). Alineados del otro lado de la discusión, están aquellos que han calificado la reestructuración global con alcance y fundamento e indicado sus tendencias a la polarización y la desigualdad. Incluso, han fundamentado que el Estado, lejos de “retirarse”, ha sido “reestructurado” bajo los requerimientos del capital internacional. El Estado ha sido empleado sistemáticamente para levantar barreras, profundizar la mercantilización de la vida social e imponer un nuevo orden a través de medios coercitivos (Amin, 1997; Petras y Veltmeyer, 2000; Borón, 2002). La consecuencia general ha sido que la estructura centro-periferia no pudo ser desmantelada, que el Estado como aparato coercitivo se mantiene firmemente en su sitio y que la autodeterminación nacional no se ha hecho redundante, pero sí que fue violada en un grado cada vez mayor. Ésta es nuestra posición fundamental.

Deteniéndonos en el período anterior a la “globalización”, observamos que los dos proyectos hegemónicos a través del centro y la periferia –estatismo benefactor y construcción nacional– compartían una cosa: su visión del Estado como agente principal del progreso social. A pesar de ello, los dos estaban lejos de ser complementarios, ya que las relaciones sociales que apuntalaron al Estado difirieron en cada caso, así como se diferenció el patrón de acumulación, “articulado” en el centro y “desarticulado” en la periferia. Éstas han sido las herencias de la construcción nacional imperialista en el Norte y de la colonización en el Sur, respectivamente. Más que esto: las dos estaban en contradicción (Amin, 1976; De Janvry, 1981). Para la dialéctica inmanente a la posguerra, una relación de capital trabajo no entendida en abstracto –concretamente, la supervivencia del compromiso del Estado benefactor en el centro– demandó la productividad y seguridad de un capital de Estado central en la periferia y, de ahí, la persistencia de acumulación desarticulada en esta última. Así, la periferia buscó emular al centro (como un medio para completar su nacionalidad) por medio de una política de industrialización, haciéndolo contra el objetivo lógico de la relación centro-periferia y la dominación estructural en que ésta consistía. Como Alain de Janvry observó, se trata de una dominación estructural que “moldea las necesidades externas de la periferia en posibilidades del centro para superar sus barreras de acumulación y crecimiento” (De Janvry, 1981: 26).

La Guerra Fría galvanizó totalmente este proceso, de modo tal que la estabilidad socio-política para la operación y acumulación del capital internacional se transformó para el centro en un tema de “seguridad nacional” que le era por completo inherente. A pesar de la multiplicación

de las luchas sociales, las alianzas de las clases desarrollistas, el control de las reformas agrarias y de muchas experiencias de crecimiento impresionantes pero altamente sesgadas y en última instancia insostenibles, en la periferia (incluyendo los pocos Estados que obtuvieron un estatus “semiperiférico” al tener éxito, bajo la sustitución de importaciones, en la apropiación del sector de bienes de capital), el orden multilateral que nació de la Segunda Guerra Mundial y de la descolonización no redimió el principio de la autodeterminación nacional. Es más, el caso particular en el que el crecimiento periférico se sostuvo consistentemente bajo el capitalismo fue en Asia oriental, donde las restricciones internas y externas a la acumulación periférica fueron levantadas bajo la protección de los Estados Unidos, por razones geoestratégicas, en un contexto de Guerra Fría (So y Chiu, 1995; Arrighi, 2003). Pero incluso en este caso de patrocinio imperial, el intercambio fáustico de soberanía por desarrollo iba a encontrar su destino. El final de la Guerra Fría trajo consigo la reimposición de la disciplina imperial en aliados de Asia oriental dependientes de las exportaciones –incluyendo a aquellos que, en la región más amplia, experimentaron el crecimiento dinámico en la década del noventa (las Filipinas, Tailandia, Indonesia, Malasia)–, más vívidamente en el curso de la crisis financiera de 1997-1998 (Bello, 1998; Wade y Veneroso, 1998; Gowan, 1999). Las experiencias del crecimiento sostenido en la periferia deben ser vistas como casos en los que las restricciones de la acumulación periférica han sido relajadas “desde el afuera” o superadas “desde el interior” por las agencias de fuerzas sociales progresistas. No obstante, en ningún caso deben ser vistas como evidencia de que las restricciones no existen (Yeros, 2002b).

Lo que ocurre como “globalización” consiste, de hecho, en la desarticulación parcial de las economías de los Estados centrales y en la integración de las mismas junto con un puñado de satélites industriales, en lo que Paul Hirst y Graham Thompson (1999) han llamado una “estructura de bloque triádica regionalizada”³. Esto ha dado lugar a sólo un proyecto notable y en curso de la sustitución de la soberanía nacional (llena de baches y poco democrática, para estar seguros), a saber, la Unión Europea que, en sí misma, es incompleta y antidemocrática. Más allá de eso, ha surgido el G6/7/8, un foro coordinador entre los Estados

3 La medida más insistente de la globalización es la de la Inversión Externa Directa (IED). Casi un 50% de las “IED globales” incluye fusiones y adquisiciones, y se asocia con la ola de privatizaciones que no alteran las estructuras activas de las empresas adquiridas. Incluso, más del 90% se origina en la tríada Estados Unidos-Unión Europea-Japón. A ella le destina un 75%; el resto es para el este de Asia, contando a China. Un 70% de la población mundial está “virtualmente fuera del mapa” (Hirst y Thompson, 1999: 72-74).

Unidos y sus socios menores, cuya tarea ha sido deliberar acerca del monetarismo global y otros asuntos relacionados con el multilateralismo. Ello ha sido complementado por una profundización de la red de instituciones globales –el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Fomento (BIDR), la Organización Mundial de Comercio (OMC)–, que demanda multilateralismo pero se mantiene, de hecho, bajo el control del centro con el propósito de administrar sus asuntos con la periferia. En este sentido, el capitalismo posterior a la Segunda Guerra Mundial se dio cuenta de la alianza ultraimperialista prevista prematuramente por Karl Kautsky (1970) en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Precisamente en qué medida se extiende esta alianza durante el inicio de la invasión a Irak y, más generalmente, de la Guerra Fría, es demasiado pronto para saberlo.

Lo que es cierto, sin embargo, es que la periferia ha permanecido en un patrón de acumulación desarticulado y perverso, y esto se aplica a los pocos Estados semiperiféricos que obtuvieron una rápida integración doméstica agro-industrial a expensas de la articulación financiera y social. Incluso, la acumulación desarticulada ha procedido a convertirse en el principio prevaleciente del “desarrollo”. Si previamente la idea proclamada del desarrollo fue invocada para la integración del mercado nacional en sus propios términos, la reacción neoliberal ha demandado la integración de lo nacional en lo global y prescripto a lo global como una panacea para cada padecimiento nacional. Bajo el pretexto de una “crisis del desarrollo”, sobrevino una operación quirúrgica estándar: la desregulación de las monedas y precios nacionales; la comercialización y privatización de industrias y servicios públicos previamente controlados por el Estado; el corte de servicios sociales; el retraimiento unilateral del apoyo para la agricultura; la mercantilización y titularización de las tierras agro-campesinas y la flexibilización de las relaciones laborales. Los resultados han sido la intensificación de la degradación socio-económica, el refuerzo de la tendencia de la periferia a la crisis y un grado de dependencia sin precedentes desde el final del imperialismo formal.

Aun así, pese a lo reaccionario de este proceso, no ha de ser equiparado con la sustitución de la soberanía nacional. Vale recordar que el principio de soberanía nacional ha sido invocado por las finanzas internacionales en términos certeros, desde fines de la década del setenta hasta el presente, para decidir la cuestión del ajuste de los desequilibrios de los pagos globales y para justificar los mismos ejercicios de ajuste estructural. En el nuevo orden monetario y financiero de intercambios flexibles y de capital desregulado, la responsabilidad del ajuste es estrictamente *nacional*. Este fenómeno no puede compararse con la sustitución de la soberanía nacional sino, más precisamente, con

su *instrumentalización*. La implicación adicional es que el ajuste nacional se hace sujeto de la fuerza completa de la política de poder entre los Estados, a través del centro y la periferia y entre los mismos Estados centrales. Mientras tanto, las únicas instancias para compartir la responsabilidad de ajuste han sido *ad hoc* y entre los socios ultraimperiales (Arrighi, 2003)⁴. No es sorprendente, entonces, que las instituciones financieras internacionales nunca hayan proclamado el “gobierno global” pero sí la *gubernancia* [*governance*], un término tan vago que es enteramente compatible con la soberanía nacional formal y con la dominación estructural (Yeros, 2002b). De hecho, la primera instancia desde la descolonización en la cual el principio de la soberanía nacional ha sido formalmente suspendido con la aprobación unánime del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha estado en relación con Irak, durante los comienzos de la invasión liderada por los Estados Unidos.

El principio de la autodeterminación nacional está, ciertamente, en crisis. Pero no ha sido reemplazado, y no debería serlo, sea en la teoría o en la práctica, siempre que su razón de ser (el imperialismo) exista. Semejante reafirmación del nacionalismo no es una amenaza al internacionalismo –o al regionalismo o a la globalización democrática– pero sí su condición previa. Con estas observaciones en mente, retomamos la cuestión agraria, cuyas resoluciones siguen siendo clave para cualquier transformación democrática.

LA GLOBALIZACIÓN DEL SISTEMA AGRO-ALIMENTICIO

Una preocupación central de la cuestión agraria clásica era el problema de la transición de la sociedad feudal/agraria a la industrial/capitalista, suponiendo el estatismo soberano moderno como preludio del socialismo. Entre los teóricos clásicos, esta transformación histórica fue generalmente vista como reducible (con varias advertencias) a la transición de la agricultura hacia el capitalismo (Engels, 1953; Kautsky, 1988; Lenin, 1964). Lo que hemos visto en el siglo XX, sin embargo, es que los varios procesos han sido divergentes: el capitalismo ha subordinado mundialmente a la agricultura a su propia lógica pero sin crear, por necesidad, mercados domésticos capaces de sostener la industrialización o sin completar la soberanía de los Estados descolonizados. En este sentido, la cuestión agraria sigue irresuelta y continúa íntimamente relacionada con la cuestión nacional.

4 Sin duda, el sistema de Breton Woods no fue sustancialmente diferente. Mientras implicó un compromiso para la estabilidad de la tasa de intercambio y reclamó por movimientos de capital regulados, nunca suscribió un mecanismo de ajuste libre de políticas poderosas, como había propuesto J.M. Keynes. El “sistema” de ajuste Breton Woods fue la Guerra Fría (Strange, 1982; Walter, 1991).

Asimismo, podemos observar que el corolario de la industrialización retrasada y la soberanía incompleta en la periferia es la globalización del sistema agro-alimenticio. Efectivamente, la agricultura es el único mercado en el mundo de hoy que está “globalizado”, si por ello entendemos que cada país en el mundo está produciendo para eso. Los orígenes de la globalización en la agricultura han de ser encontrados en las siguientes variables (ver Friedman y McMichael, 1989; Friedmann, 1993; McMichael, 1997; Bernstein, 2000): (a) el crecimiento en el siglo XIX de las agro-exportaciones tropicales desde las colonias a las metrópolis para consumo masivo (azúcar, café, té, aceites vegetales) y la expansión industrial (algodón, madera de construcción, caucho); (b) el crecimiento simultáneo de Estados colonos ex coloniales, los Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, Canadá, para constituir el núcleo de la agricultura de la economía mundial exportando grano barato, incentivando la industrialización y desarrollando vínculos agro-industriales; y (c) el colapso del régimen de libre comercio, más resueltamente en el período entreguerras, con el consecuente crecimiento del proteccionismo de la agricultura y la industria en el centro, la gestión coordinada de los vínculos nacionales agro-industriales y la confianza en las preferencias del comercio imperial con las colonias.

Luego de la Segunda Guerra Mundial y con la descolonización, la mencionada dispensa histórica creó el marco para una nueva contradicción: el intento de los Estados periféricos por emular el modelo nacional de la integración agro-industrial, al tiempo que esto venía deshaciéndose en el centro por la creciente integración del complejo agro-industrial en una escala global bajo el liderazgo de las empresas estadounidenses. En términos generales, esta contradicción ha sido resuelta en favor del capital transnacional, que procedió a construir un sistema agro-alimenticio global, caracterizado por una alta concentración corporativa y una división internacional altamente estratificada del trabajo en agricultura.

Solamente esbozaremos los principales contornos de esta historia, tal como han sido analizados en detalle por otros (Friedman y McMichael, 1989; Friedmann, 1993; McMichael, 1997; Bernstein, 2000). El orden de posguerra, de gestión capitalista a lo largo del Atlántico, reservó un papel especial para la agricultura. En los Estados Unidos, el modelo preguerra del New Deal se mantuvo con el implemento de un sistema de apoyo de precios basado en compras estatales, la generación de excedentes crónicos con necesidad de mercados externos y el fomento en el tiempo de la profundización del complejo agro-industrial, especialmente por medio de la tecnología de semillas “híbridas” bajo la tutela de grandes corporaciones. Mientras tanto, el modelo estaba siendo exportado a Europa junto con el Plan Marshall, con el propósito de apoyar

una rápida reconstrucción de la Guerra Fría. El objetivo era reconstruir las economías dinámicas con agriculturas e industrias integradas, a la vez que todas ellas se integraban y compatibilizaban del otro lado del Atlántico. Por lo tanto, Europa protegió el trigo y los productos lácteos con apoyo de los Estados Unidos, mientras que eximía el maíz y la soja estadounidense de los controles de importación de su CAP, comprándolos, de hecho, con los fondos del Plan Marshall. Como demostró Harriet Friedman: “Bajo la administración Marshall, el *dumping* sería secundario después de la recuperación” (1993: 35). El proyecto fue exitoso durante un tiempo; integraba al Atlántico en un único complejo agro-industrial, permitía a los Estados Unidos disponer de sus excedentes y a Europa recuperar su propio equilibrio, aun en contra de los Estados Unidos. Eventualmente, se obtuvieron las mismas características en ambos lados del Atlántico: la agricultura industrializada, la concentración corporativa y la sobreproducción, a pesar de que no presagiaban de buena manera la asociación transatlántica o el desarrollo balanceado en la periferia. Notablemente, a los únicos Estados periféricos en esta época a los que se les permitió ser parte del complejo agro-alimenticio atlántico y de la integración agro-industrial independiente fueron los de Asia oriental.

El resto de la periferia iba a convertirse en un vertedero de los excedentes europeos y estadounidenses, empezando con los de Estados Unidos, que hacia la década del cincuenta estaban perdiendo su mercado europeo debido a la propia maduración de este último. A partir de entonces, los Estados Unidos buscaron colocar sus productos en Japón y, sobre todo, en el Tercer Mundo, para los que el plan imperial no era el “control a través de la reconstrucción” sino un fomento de la dependencia y el subdesarrollo. De los muchos instrumentos del modo de gobernar imperial, “la ayuda alimenticia” era uno importante⁵. Así, fue habilitada por las constricciones de la acumulación periférica en un contexto de construcción nacional; tomó ventaja tanto del proyecto de la industrialización como de la brecha de intercambio exterior y proveyó trigo a países que implementaban políticas de alimentos baratos orientadas industrialmente, sin demandar sus recursos limitados de intercambio exterior. Mientras que algunos se resistieron más que otros, el efecto fue certero: “Las políticas de importación crearon dependencia alimenticia durante dos décadas en países que habían sido mayormente autosuficientes en materia alimenticia al final de la Segunda Guerra Mundial” (Friedmann, 1993: 38).

5 Algunos, más obvios, incluyen el control monopólico de la moneda internacional, granos, créditos, tecnología y ayuda militar; la intervención directa y las operaciones cubiertas; la cooptación de la unidad de mercado internacional.

El proceso de integración al complejo atlántico agro-industrial fue profundizado por la revolución verde. Ésta, por un lado, buscó copiar el modelo nacional idealizado y, por el otro, sirvió para una mayor subordinación de la periferia a las firmas estadounidenses en semillas de alta tecnología, productos químicos y equipos de agricultura (Friedmann, 1993; Petras, 2000). De forma destacada, la revolución verde se insertó a través de mecanismos de la estructura del centro-periferia, prometiendo una mayor productividad agraria, autosuficiencia alimenticia nacional y suspensión del intercambio exterior, en contra de las restricciones de la acumulación periférica. Fue, incluso, propagada en una época en la que la construcción nacional estaba fracasando en el cumplimiento de sus promesas y la movilización social radical se estaba extendiendo a lo largo de América Latina, Asia y África. Con el paso del tiempo, un puñado de “nuevos países agrícolas” (NAC, por su sigla en inglés) en la semiperiferia desarrolló una capacidad agro-industrial competitiva propia (por ejemplo, India y Brasil), aun desafiando los mercados estadounidenses y europeos, aunque sin obtener seguridad alimenticia o la solución total de las cuestiones nacionales y agrarias⁶. Finalmente, mientras estos cambios estaban en curso, la construcción nacional periférica era socavada por la sustitución técnica de los productos de exportación tropicales (por ejemplo, caña de azúcar y aceites vegetales), que habían sido, hasta el momento, la fuente principal de industrialización apuntalada en el intercambio externo. “A principios de la década del setenta –concluye Friedman–, el régimen alimentario ha atrapado al tercer mundo con una tijera. Una cuchilla fue la dependencia de la importación de alimentos. La otra fue la baja de los ingresos de las exportaciones tradicionales de cultivos tropicales” (1993: 38).

La década del setenta constituyó un tiempo de crisis generalizada, determinada por la sobre acumulación y la crisis de la hegemonía, aspectos que se han reforzado mutuamente (Cox, 1987; Arrighi, 2003). En la industria, esto conllevó a la reubicación del capital y a su financiación, en tanto en el mercado monetario y financiero global condujo a tasas de intercambio flexibles y a un capital desregulado. A su vez, en las relaciones laborales, se produjo una mutación en la estructura fordista de acumulación en el centro, marcada por la desconcentración y la flexibilización de la producción, con tendencias similares y la persistencia de

6 Estos NAC ganaron “autosuficiencia” alimenticia en el sentido de no confiar más en las importaciones, pero no en el sentido de la seguridad alimenticia, puesto que la autosuficiencia se ha basado en la baja demanda nacional efectiva, esto es, pobreza masiva y malnutrición crónica (Patnaik, 1990). Incluso, los costos sociales de la transformación de la agricultura doméstica en la agro-industria competitiva global han sido inmensos: rápida alienación de la tierra y desempleo, conflicto rural, emigración masiva y criminalidad urbana.

la condición dominante de la semiproletarización en la periferia en vías de industrialización. De forma paralela, a nivel institucional-global, el modelo “tripartito” de las relaciones industriales entró también en crisis (Cox, 1977, 1987; Fröebel et al., 1980). El resultado neto fue doble: primero, el aplazamiento de una espiral deflacionaria difundida dentro de la alianza, que supuso el desplazamiento parcial de la crisis hacia los trabajadores más vulnerables del centro y hacia el grueso de las masas semiproletarizadas de la periferia; segundo, el reestablecimiento de la hegemonía global de los Estados Unidos y sus socios menores, fundada en una nueva relación Estado-sociedad bajo las pautas del capital financiero y ejercitada, en primera instancia, por medio del “régimen Wall Street-dólar” (Gowan, 1999).

En la agricultura, el mismo proceso de exceso de acumulación de posguerra estaba en progreso, en la medida en que los miembros de la alianza transatlántica maduraban bajo los subsidios y la protección y eran desafiados por un pequeño número de nuevos competidores agrícolas en el sur. Así, el escenario también estaba listo para la crisis de la agricultura global. Como lo detallan los documentos de Friedman, la combinación de la distensión entre el Este y el Oeste y la sacudida del petróleo transformaron la economía política alimenticia: la Unión Soviética entró en el mercado; Japón diversificó sus fuentes de importación para incluir los NAC, y los Estados Unidos y la Unión Europea aumentaron los subsidios y la sobreproducción, al tiempo que luchaban por porciones de mercados. La nueva situación agro-alimenticia ya no fue fácilmente digerible para el gobierno imperial, puesto que las empresas transnacionales tenían ahora poder y agendas propias. La dirección del cambio fue liderada por las transnacionales, culminando en la Ronda Uruguay de negociaciones del GATT, que llevó a una nueva alineación de los Estados imperiales detrás de las agendas corporativas, a saber, la liberalización y expansión de derechos de propiedad intelectual y de servicios. Al mismo tiempo, permanecía sujeta a las demandas de la posguerra por la agricultura dirigida, esto es, la protección. Sin embargo, tales demandas han estado a la defensiva, especialmente después del fin de la Guerra Fría (Friedmann, 1993).

Por lejos, la carga del ajuste estructural cayó en la periferia, reforzando las tendencias de posguerra a la mercantilización e integración en el complejo corporativo agro-industrial de base centralizada. Además, la periferia era atrapada por una segunda tijera: por un lado, el imperativo de la exportación derivado del servicio de la deuda; por la otra, la protección del Norte. El resultado fue una nueva división del trabajo en la agricultura (ver McMichael y Myhre, 1991; Moyo, 2000; Raikes y Gibbon, 2000; Petras 2000): mientras el centro se especializaba en la producción de capital intensivo de granos vendidos a bajo costo a la periferia, los

Estados periféricos luchaban por mercados saturados para exportaciones tradicionales⁷, o descubrían la “ventaja corporativa” en bienes “no tradicionales” y en el uso de la tierra, produciendo frutas “exóticas”, flores y vegetales cortados, cría de avestruz y la gestión de la “vida silvestre” (ecoturismo). A su vez, estos grupos fueron impulsados hacia la posesión de la tierra a gran escala, controlada por el capital corporativo y destinada al consumo de lujo periférico y metropolitano. Un resultado menos notorio ha sido la intensificación de la competencia para el control de bienes y minerales de alto valor, desde madera y aceite hasta coca y diamantes, que aumentan los niveles de criminalidad y de guerra.

La reivindicación más cínica de todas fue que el propósito de ajuste estructural había sido el “desarrollo”. En otras palabras, que el abandono de la industrialización como un proyecto y su reemplazo por la agricultura de exportación en mercados saturados y de lujo desarrollarían a los africanos, asiáticos y latinoamericanos y los sacarían del subdesarrollo. El ajuste estructural ha reforzado y profundizado la tendencia de posguerra a la incorporación del campesinado a la esfera de producción de bienes, al mismo tiempo que los ha marginalizado. La construcción nacional de posguerra siempre fue dependiente de la agricultura y de los mercados de exportación, y esto, en paralelo, estuvo permanentemente inclinado en favor de la tecnología y de otros privilegios en el reino de la infraestructura, los créditos, los subsidios y la tierra. Podemos decir que fue la construcción nacional de posguerra la que “encerró” a la pequeña producción de bienes, primero mediante la agencias estatales y el Banco Mundial, luego junto con los agro-negocios, que especializaron la producción campesina, estandarizaron el proceso productivo y la integraron con mercados nacionales e internacionales (De Janvry, 1981; Harriss, 1987; Bernstein, 1990). Sin embargo, la liberalización agresiva del último cuarto de siglo debería ser vista como un hito: ha ido lejos al quitar el soporte estatal a los campesinos en la esfera tanto de la producción como de la reproducción; ha desencadenado fuerzas de mercado sofocantes, especialmente al devaluar monedas y aumentar los costos de producción; ha transferido la totalidad de la organización de la producción al agro-negocio, que en los nuevos dominios de la exportación desplazó totalmente hacia el margen a los campesinos; y ha establecido derechos de propiedad privada de la tierra, aspecto que frenó los intentos por alienarla. Combinados con las experiencias de deterioro de los ingresos reales en empleos

7 Raikes y Gibbon (2000) indican que entre mediados de los ochenta y mediados de los noventa los términos de mercado para los principales cultivos tradicionales (algodón, café, cacao, té, tabaco, bananas, naranjas) habían caído dramáticamente (más del 35% para la mayoría de los alimentos) debido a la saturación del mercado; notablemente, África había perdido acciones en Asia.

no agrícolas, las tendencias a la desindustrialización y el deterioro generalizado de los estándares de vida, los ajustes estructurales han profundizado, exitosamente, la dependencia y el subdesarrollo.

Acerca de si aún se puede hablar o no de un “campesinado” es algo a lo que volveremos más adelante. Baste aquí, para redondear la discusión, hacer notar que la globalización de la agricultura no puede ser compartimentada en una teoría del “régimen” que tendría su contrapartida en un régimen de la moneda, el comercio, el trabajo, la seguridad o el petróleo (por ejemplo, Keohane, 1984)⁸. El poder imperial no opera en dominios separables, y la evolución de la agricultura nunca ha operado a través de un discreto conjunto de reglas, principios y procedimientos. El “sistema” siempre ha sido la estructura centro-periferia, a través del prisma de la Guerra Fría y su desarrollo posterior. Por consiguiente, separar la cuestión agraria de la cuestión nacional –sugiriendo que el Estado ha perdido relevancia en el curso de la “globalización” (McMichael, 1997)– significaría no sólo malinterpretar el rol de Estado, sino también perder la orientación respecto de las relaciones internacionales.

LA GEOPOLÍTICA DE LA REFORMA AGRARIA

Los teóricos de la cuestión agraria de fines del siglo XIX, Kautsky (1988) y Lenin (1964), observaron un fenómeno particular en Europa, que no se ajustó a las formulaciones deterministas de Marx acerca de la transición hacia el capitalismo en agricultura. Así, la acumulación primitiva no produjo una insignificante producción obsoleta de bienes, sino que esas pequeñas parcelas campesinas continuaron coexistiendo junto con la gran agricultura capitalista. Esto, de hecho, sirvió a los intereses del capital al subsidiar la reproducción social del trabajo y hacer bajar, como consecuencia, los salarios. De esta manera, Kautsky llamó a las parcelas campesinas “sitios de producción para la nueva fuerza de trabajo”. La condición de semiproletarización no fue vista, sin embargo, como permanente; estaba en realidad destinada a desaparecer con el desarrollo ulterior del mercado doméstico.

Un siglo más tarde, esta condición persiste como dominante en las zonas rurales de la periferia. En el período de posguerra, las fuentes de esta situación fueron comprendidas por la escuela del subdesarrollo, en particular por Samir Amin (1976) y Alain de Janvry (1981), quienes vieron la semiproletarización como inherente al patrón desarticulado de acumulación, dos aspectos que inhibieron el desarrollo del mercado doméstico y continuaron subsidiando al capital en su capacidad

8 Las falacias (imperiales) de la teoría del régimen en las Relaciones Internacionales han sido ampliamente señaladas, aun por los teóricos conservadores, (Strange, 1982).

de exportación. Este problema fundamental sigue vigente en nuestros días. Mientras el capital no necesite hacer uso de sus ganancias a nivel nacional, la “semiproletarización” y la pobreza son “funcionales” a su reproducción. Es notable que este “dualismo funcional” entre los sectores capitalistas y los (aparentemente) no capitalistas no es necesariamente un asunto rural; también funciona en las áreas urbanas –bien por autoempleo en actividades de baja capitalización y/o por el alojamiento voluntario en barrios marginales.

Es en este contexto que la reforma agraria, con su componente de reforma de la tierra, ha ganado históricamente su significación política y económica. Haya sido propuesta por los nacionalistas o por socialistas radicalizados, ha constituido un desafío directo al patrón prevaleciente de acumulación periférica y al imperialismo mismo. En el período de posguerra, por consiguiente, su destino iba a ser determinado en gran medida por la geopolítica de la Guerra Fría. En tanto las demandas para la reforma agraria se mantuvieron en un nivel local, nacidas de tensiones y conflictos clasistas, y un modelo “redistributivo” de reforma guió el pensamiento hasta la década del setenta, la reforma no se redujo a ninguno de estos factores y, en cambio, fue típicamente suprimida y reducida por el capital nacional volcado hacia el exterior y a los aliados imperiales. Contrariamente a las interpretaciones recientes (Kay, 1998; Bernstein, 2002), la reforma agraria, en el curso de la construcción nacional, no derivó en primera instancia de un modelo redistributivo, sino del balance de las fuerzas de clase en la Guerra Fría. De ello se sigue que no alcanzó su “histórico final” con el comienzo del nuevo modelo de reforma “basado en el mercado”, sino que permanece sujeta a las luchas clasistas en un contexto caracterizado por el comienzo de la reorganización en curso de las fuerzas progresistas luego de la Guerra Fría.

Se puede decir que dos eventos en particular han influido el curso de la reforma agraria a nivel mundial: las revoluciones china y cubana (ambas instancias en las que el control imperial perdió ante las fuerzas radicalizadas). El primer conjunto de transformaciones luego de la Segunda Guerra Mundial tuvo lugar bajo los auspicios de los Estados Unidos en Asia oriental. De hecho, eran radicales desde cualquier perspectiva y sirvieron como laboratorio para una subsiguiente política estadounidense sobre reforma agraria (Olson, 1974). Bajo la amenaza de la proliferación de las revoluciones en la región, lideradas por los comunistas chinos, los funcionarios estadounidenses llegaron rápidamente a la conclusión de que a menos que las relaciones feudales fueran abolidas, la influencia en la región sería cedida a la Unión Soviética. De este modo, en los cinco años posteriores a la guerra, Japón, Corea del Sur y Taiwán llevaron a cabo un proceso de redistribución de tierras a gran escala, combinado con la represión armada de fuerzas radicalizadas, hasta que las reformas

(algunas de las cuales ya estaban teniendo lugar en las zonas liberadas) estuvieran bajo control. En todos los casos, se instituyó la reforma *sin* marginar políticamente a las oligarquías terratenientes; éstas fueron compensadas e inducidas al desarrollo industrial, y se las transformó en una clase política aliada con los Estados Unidos.

El mismo tipo de activismo no fue necesario en la cercana Filipinas o, poco después, en Guatemala, donde las fuerzas radicalizadas fueron derrotadas en cada caso por medios militares, y donde se dio marcha atrás en las reformas agrarias en progreso (Olson, 1974). El caso de Bolivia en el mismo período es por demás interesante, en la medida en que una revuelta popular llevó al poder a un gobierno nacionalista radicalizado, que puso en acción una extensa agenda redistributiva. Pero, en este caso, la oligarquía política no se desplazó efectivamente y la dirección del cambio interno, en el mediano plazo, fue exitosamente dividida no por medios militares, sino a través de instrumentos provistos por la ayuda externa. En Egipto, las reformas también fueron conducidas por un gobierno nacionalista, en última instancia, por efectos neocoloniales. En Irán se produjeron bajo el Sha, para contrarrestar el malestar social. En esferas de influencia fuera del alcance de los Estados Unidos, como en los territorios coloniales de Gran Bretaña y Francia, las experiencias de reforma se correspondieron con el patrón general: en Kenia y Argelia, los ejércitos imperiales fueron movilizados para aplastar las revueltas anticoloniales basadas en lo rural y, eventualmente, para negociar las transiciones neocoloniales. De este modo, en general, las reformas agrarias, bajo los auspicios imperiales desde 1946 hasta 1959, se controlaron y limitaron (e, incluso, se invirtieron) en todos los casos, excepto en el este asiático. Allí se combinaron con la represión y pretendían asegurar y estabilizar la reproducción del capitalismo periférico en el contexto de la Guerra Fría. Querer adaptarlas a una categoría “redistributiva” sería defectuoso o tangencial respecto de la realidad.

El siguiente ímpetu llegó con la Revolución Cubana. Esto alimentó una nueva ola de militancia en América Latina, obligando al gobierno estadounidense a actuar también en contra de los remanentes feudales del continente. Bajo la bandera de la Alianza para el Progreso, lanzada en 1961, se ejecutó una serie de reformas agrarias redistributivas, generalmente en contra de los deseos de las clases dominantes locales. Una vez más, sin embargo, el objetivo era poner en marcha una estrategia de reforma de cooptación controlada, creando una pequeña burguesía agraria conservadora y reprimiendo a los excluidos (de Janvry, 1981; Petras y Veltmeyer, 2000). No obstante, a mediados de la década del sesenta, el nuevo reformismo estaba estancado, en contra de la militancia que proliferaba en las zonas rurales y debido al realineamiento de los modernistas y los burgueses reaccionarios. Bajo estas circunstancias,

los Estados Unidos cambiaron la política agraria y se alejaron de la redistribución de la tierra, manteniéndose a favor de la modernización social y tecnológica de los latifundios. Todo ello, si lo hubiesen considerado necesario, combinado con el apoyo a las dictaduras militares. De esta manera, una serie de golpes de estado, desde en Brasil en 1964 hasta en Chile en 1973, proveyó un marco político para la reorganización de las agriculturas de América Latina, a fin de modernizarlas con una redistribución limitada y sin el desplazamiento de las clases dirigentes nacionales, de integrarlas al complejo agro-industrial estadounidense y de mantener la acumulación volcada hacia el exterior. En el sur de Asia se estaba lanzando, a la par, la misma reorganización “pasiva” de la agricultura a través de la revolución verde, especialmente en el norte de la India. Mientras tanto, más al este, en Vietnam, los Estados Unidos intensificaban su agresión contra un potente movimiento de liberación nacional, en tanto en África, movimientos similares generaban por sí mismos luchas armadas contra el dominio colonial y la supremacía blanca en Guinea Bissau, Angola, Mozambique, Namibia, Zimbabwe y Sudáfrica (todos, excepto el último, eran de base rural).

Para reiterar, el período anterior a la liberalización fue tanto de “redistribución” como de “construcción nacional”. Mientras éstos eran los modelos de desarrollo prevalecientes, el determinante del cambio era la lucha de clases en la estructura centro-periferia bajo las condiciones de la Guerra Fría. En este punto, es posible hacer algunos comentarios adicionales. Primero, las luchas sociales de base rural han instigado la transición de la agricultura hacia el capitalismo en todo el mundo, un movimiento caracterizado mayormente por la transformación de las grandes haciendas en cultivos capitalistas, junto con otras tendencias (que especificaremos en la sección siguiente). Segundo, toda la experiencia del reformismo de posguerra acabó en los setenta con los programas de “desarrollo rural integrado” que, administrados por las agencias globales, sirvieron como un subsidio mínimo para la reproducción social del proletariado y del semiproletariado rural a escala global. Tales políticas, así como otras alternativas más radicales, frenaron la rápida proletarianización (De Janvry, 1981; Harriss, 1987). Tercero, las medidas reformistas que salvaguardaron el estatus político y económico de las clases dominantes y les permitieron tomar la dirección de la reforma nuevamente al tipo de acumulación volcada hacia el exterior han fallado por completo. Como lo ha expuesto Atilio Borón: “La historia enseña que, en América Latina, para hacer reformas, se necesitan revoluciones” (2003: 205), y esto puede, ciertamente, ser generalizado. Mientras las revoluciones pueden no estar previstas en estas circunstancias, el punto para resaltar es que los acercamientos economicistas a la reforma agraria (Berstein, 2003) continuarán siendo limitados a menos que las di-

menciones políticas de reforma sean tomadas seriamente y quebrado el poder político del gran capital⁹.

El siguiente período de desarrollo, basado en el mercado, desde la década del setenta al presente, alejó el modelo de la reforma agraria de la redistribución. Este tramo comenzó con el golpe de estado en Chile y alcanzó su altura simbólica en América Latina en 1992 con la enmienda del artículo 27 de la Constitución mexicana, que había protegido la reformada tierra comunal desde 1917 (consecuente con la Revolución de 1910-1920). El comienzo del pensamiento reaccionario se expresó por medio de la doctrina económica neoclásica, y llamó tanto a la restitución de la tierra en los sectores reformados a los anteriores dueños de las tierras como al establecimiento de títulos individuales en los sectores que eran comunales/indígenas, colectivizados o de propiedad estatal. Este marco político se expandió a lo largo de América Latina, Asia y África con el ajuste estructural y, más tarde, a Europa del Este, luego del colapso del bloque Soviético (Szelényi; 1998). Aunque la implementación actual ha sido desigual –más significativa en los sistemas de tenencia en América Latina y Europa del Este que en los de África– el impacto ha sido trascendental. Este marco político fue modificado en los noventa, cuando la reforma agraria regresó a la agenda, junto con la “pobreza”, bajo los auspicios del Banco Mundial (Binswanger et al., 1993), combinando la doctrina económica neoclásica con un populismo minifundista renovado (ver la crítica que ofrece Bernstein, 2002). Como analizaremos en detalle más adelante, la nueva agenda ha buscado redistribuir la tierra por medios mercantiles o, de otra manera, proveer el “acceso a la tierra” (por ejemplo, mediante los mercados de alquiler). Este último cambio de los acontecimientos ha sido erróneamente dignificado como la “tercera fase” de la reforma agraria en América Latina (De Janvry, Sadoulet, Wolford, 2001), puesto que no constituyó un quiebre respecto del período que comenzó con Pinochet.

Una vez más, sin embargo, no ha sido el modelo de la reforma agraria el que ha manejado el curso de los eventos, sino la lucha de clases en

9 El debate acerca de la redistribución de la tierra se expandió a lo largo de un siglo. En sus inicios, puso a pelear a la ortodoxia de la Segunda Internacional contra los elementos “populistas” y de la pequeña burguesía, pero también contra otros disidentes de la izquierda revolucionaria, cuya figura más notable fue Lenin. Después de la fallida revolución de 1905 en Rusia, Lenin reconoció la importancia política y democrática de la nueva división de la tierra, especialmente del imperativo de prevenir que la oligarquía terrateniente dirigiera el curso del cambio político. Hasta hoy, el argumento contra el economicismo no ha de ser desestimado como “populista” ni como un incentivo para las cuestiones económicas. Esto último sigue siendo importante –e incluye asuntos de tipo de tenencia, organización de producción y relaciones intersectoriales– pero la economía no puede tener precedencia sobre la política.

los albores de la Guerra Fría y sus últimos años. Así, al mismo tiempo en que América Latina se estaba por abordar el ajuste estructural, los sandinistas nicaragüenses lanzaron la última revolución de la Guerra Fría en América Latina con una agenda agraria radical. Las fuerzas contrarrevolucionarias organizadas por la CIA pelearon contra ella encarnizadamente y, finalmente, la socavaron. Una década después, luego del fin de la Guerra Fría, los zapatistas iniciaron una lucha armada en el sur de México, que coincidía con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por su sigla en inglés) y que exigía tierras, la autonomía indígena y la democracia nacional. Como contrapartida, recibieron una combinación de represión militar y de promesas incumplidas por el Estado mexicano. Luego, en África, Zimbabwe cerró el siglo con un movimiento de ocupación de tierras militante, liderado por veteranos de guerra por la liberación nacional, que también buscaba una redistribución radical de la tierra. Ciertamente, la relativa insignificancia geopolítica de Zimbabwe en el contexto posterior a la Guerra Fría permitió un espacio de maniobra¹⁰. Pero, el punto *no* es que el sur de África, o Zimbabwe en particular, sea “excepcional” (Bernstein, 2002; pág. 79 de este volumen), sino que la base social para la reforma agraria existe en todos lados y es explosiva. Por consiguiente, las demandas que consideran “el fin de la reforma agraria” son extrañas; ha ocurrido una derrota generalizada de fuerzas progresistas, pero de allí no se siguen conclusiones históricas mayores. Es más, como veremos, las fuerzas progresistas están llevando a cabo una reorganización significativa, cuya base social se localiza, primordialmente, en las zonas rurales.

Es necesario un comentario final que tenga en cuenta las conexiones conceptuales entre la tierra y la cuestión agraria. Allí donde la resolución de la cuestión agraria esté atada a la transformación industrial, la cuestión de la tierra se dirigirá más inmediatamente hacia el tema de la redistribución del suelo y a los asuntos relacionados con su tenencia y utilización (Moyo, de próxima aparición, a). En las regiones con un pasado de cultivo y un sistema de terrateniente a gran escala, a saber, América Latina, Asia y el sur de África, las problemáticas de la tierra y agrarias son usualmente tratadas como sinónimas y, a menudo, se combinan con asuntos de derechos indígenas (por ejemplo en Zimbabwe y México). Mientras las diferencias entre estas dos cuestiones deberían mantenerse, es verdad que la reforma agraria, sin la reforma de tierras y debido a las razones políticas y económicas relacionadas con la transformación

10 En efecto, el contraste con la década del setenta es impresionante. En esa época, Henry Kissinger se ocupó, muy claramente, de la lucha armada de base rural en el sur de África, mediante un encubierto apoyo militar y económico clandestino a los supremacistas blancos, a fin de asegurar las transiciones neocoloniales.

estructural y el desarrollo de amplia base del mercado interno, no es realista. En el caso específico de África tropical, muchas veces se dice que no hay una cuestión de la tierra, sólo una cuestión agraria (Mafeje, 1997)¹¹. A pesar de que el África tropical pueda no compartir la historia del capitalismo colonizador del África del sur, ha llevado a cabo una integración colonial y poscolonial de la producción generalizada de bienes básicos, y ha experimentado las presiones y tendencias típicas de la alienación de la tierra y de la concentración del capital, ambas dentro y fuera de las áreas comunales, donde prevalece la tenencia estatal y libre (Moyo, de próxima aparición, a). Estas tendencias se han profundizado con la liberalización, la privatización y la presión demográfica que ha dado lugar a una situación en la que el problema de la tierra puede ser muy explosivo (como ofrece el testimonio de Ruanda). En tanto en las áreas comunales, las cuestiones de raza y de sistema de terratenientes pueden no ser pertinentes, los asuntos que sí se relacionan son potentes: la inseguridad de la tenencia, la subdivisión de la tierra y los mercados informales; la alienación y concentración, combinadas con los cambios en su utilización determinados externamente; y los sistemas patriarcales no democráticos del gobierno local para adjudicar y administrar las disputas por la tierra.

CAMBIOS SOCIO-ECONÓMICOS EN LAS ZONAS RURALES

¿CAMPESINADOS EN EXTINCIÓN?

Este debate contemporáneo sobre el destino del campesinado ha revivido cuestiones históricamente familiares acerca del carácter socio-económico y la significación política del campesinado bajo el capitalismo. Las posiciones se dividen, a grandes rasgos, entre aquellos que ven el campesinado en retirada económica y/o políticamente y quienes argumentan lo contrario¹². El debate cobró ímpetu por una colección reciente de ensayos titulado *Disappearing Peasantries? [¿Campesinados en extinción?]* (Bryceson, et al., 2000). Centrándose principalmente en el aspecto socio-económico del cambio agrario, allí se concluye que generalmente, “la ejecución de las políticas de ajuste estructural y de la liberalización del mercado alrededor del mundo han tenido el efecto de disolver las

11 Ha habido hasta una variante de esto en el sur de África en el contexto *postapartheid* (Mamdani, 1996; Neocosmos, 1993), por medio de la que las relaciones político-económicas entre los terratenientes blancos y los productores de pequeñas mercancías han sido oscurecidas y la cuestión de la tierra, en sí misma, socavada (ver crítica en Yeros, 2002b).

12 Para una perspectiva del debate en América Latina, ver Petras y Veltmeyer (2001), y para el del sur de África, con particular referencia a Zimbabwe, ver Yeros (2002a).

formas de sustento de los campesinos” (Bryceson, 2000a: 29). La conclusión es aceptada de varias maneras por los contribuyentes, así como también, en algunos casos, combatida. Esto es atribuible, en parte, al uso de definiciones diversas del concepto “campesinado”.

Nuestro punto de partida es que el campesinado –los agricultores domésticos o a pequeña escala que funcionan en el sistema generalizado de producción de mercancías– no constituye una clase en sí misma, aunque le son inherentes las tendencias antagónicas del proletario y el propietario (Kautsky, 1988; Lenin, 1964; De Janvry, 1981; Gibbon y Neocosmos, 1985; Bernstein, 1988, 2000). En otras palabras, el tipo ideal de “campesinado doméstico” se reproduce a sí mismo simultáneamente como capital y como trabajo, con contradicciones internas. En realidad, la combinación del capital y el trabajo no se reparte proporcionalmente en el campesinado, y ello por dos razones. En primer lugar, el campesinado se diferencia entre productores de pequeñas mercancías ricos, medianos y pobres, un espectro que se extiende desde el capitalista que emplea fuerza de trabajo, más allá de la familia, al semiproletario que la vende; como tal, en rigor sólo el campesinado medio expresa el tipo ideal de la producción pequeño burguesa, arreglándoselas para no contratar ni vender fuerza de trabajo, lo cual a su vez es raro. En segundo lugar, la combinación de capital y trabajo no se extiende proporcionalmente tampoco a un solo tipo de unidad doméstica: teniendo en cuenta el género y la generación, los patriarcas controlarán los medios de producción, y las mujeres y los niños proveerán trabajo no asalariado. Mientras esto pueda parecer en la superficie un modo “diferente” de producción, se ha argumentado convincentemente que la producción de pequeñas mercancías está firmemente incrustada en el sistema capitalista y que, de hecho, es una figura normal de la sociedad capitalista, aun si es subordinada e inestable (De Janvry, 1981; Gibbon y Neocosmos, 1985).

El capitalismo mantiene al campesinado en un estado de cambio continuo; su destino histórico en el lugar de nacimiento del capitalismo en el Atlántico Norte ha sido el de la proletarización. Sin embargo, más generalmente, la dirección del cambio no ha admitido el determinismo histórico, bien del tipo absoluto (Marx), bien del más cauteloso (Kautsky, Lenin), ya que dentro de la estructura centro-periferia engendrada por el colonialismo, la proletarización ha coexistido con la persistente semiproletarización y con la recampesinización. Para nuestro propósito, desentrañar la realidad presente –esto es, determinar si el campesinado aún existe– constituye un problema tanto de interpretación como empírico. En términos empíricos, hay dos indicadores que son útiles: la descomposición de los ingresos domésticos, para incluirla también en el análisis de la fuente no intercambiable de sustento, y el análisis de los patrones de residencias domésticas, pueblerinas y campestres.

ENTRE CAMPESINOS Y TRABAJADORES

A comienzos de la década del noventa, en Zimbabwe, una encuesta conducida por el centro sindicalista nacional estimó que el 75% de las familias mantenía hogares dobles en el pueblo y en el campo (Peta et. al., 1991). Esta información sugiere que el fenómeno dominante no era ni el tipo ideal del campesino medio ni la completa proletarización, sino una *semiproletarización* caracterizada por la producción de pequeñas mercancías y el trabajo asalariado mediante los que sustentaban conjuntamente la unidad doméstica. A esto podemos sumar las fuentes de sustentos no intercambiables, los valores de uso derivados de la tierra y de sus recursos naturales, como alimentos, agua y madera para combustión y la seguridad que la residencia rural brinda contra las fluctuaciones económicas, la enfermedad y la vejez (Moyo, 1995; de próxima aparición, a). La condición de la semiproletarización es dinámica, como también lo es la lucha por la vida de los campesinos semiproletarizados en contra de campesinos más ricos, de granjeros comerciales a gran escala y de otros empleadores que contratan a semiproletarios por salarios menores respecto del costo de la reproducción social.

En *¿Campesinados en extinción?* se ha argumentado que, bajo el ajuste estructural, los campesinos se volvieron “problemáticos” puesto que son “multiocupacionales, se movilizan entre sus residencias urbanas y rurales e inundan los mercados laborales” (Bryceson, 2000a: 30). Pero, con algunas concesiones, el campesinado ha sido problemático durante la mayor parte del siglo XX; la semiproletarización tiene una historia más larga que no es bien reconocida, y es de hecho generalizable a África (First, 1983, Cohen, 1991; Mamdani, 1996) y al resto de la periferia, como veremos. El caso de Zimbabwe, desarrollado más arriba, demostró un alto grado de semiproletarización justo en el comienzo del ajuste estructural, y eso que era el segundo país más industrializado del África subsahariana. Es más apropiado, por lo tanto, buscar cambios *dentro* de ese fenómeno diacrónico de semiproletarización. Volveremos a algunos de ellos, pero por ahora es suficiente prologar nuestra idea de que el ajuste estructural, más que cumplir con un proceso secular de “acumulación primitiva”, como Bryceson (2000b: 55) parece sugerir *vis-à-vis* de África en particular, ha intensificado, por un lado, el proceso de alienación de tierras pero, por el otro, ha *aumentado* la demanda de la tierra y sus recursos naturales como una consecuencia del declive generalizado de las fuentes de ingreso (agrícolas, no agrícolas y externas). Así, dentro de un contexto caracterizado por “la extensión forzada de las estrategias de supervivencia de los campesinos bajo la presión del empobrecimiento” (Raikes, 2000: 68) –para actividades como el pequeño intercambio, las artesanías y la búsqueda de oro al zarandeo– ha habido una lucha intensificada para acceder a la tierra ilegalmente

(“usurpación”) en áreas rurales y urbanas, tanto como una intensa lucha política para reclamarla. El caso más importante de recampesinización bajo el neoliberalismo en África ha sido el de Zimbabwe con el cambio de milenio (Moyo y Yeros, pág. 181 de este volumen).

El ajuste estructural estuvo acompañado por una intensa migración. África ha registrado, ahora, la tasa más rápida de urbanización en el mundo (3,5% anual) por lo que cerca del 40% de la población se encuentra urbanizada. Este hecho es, con frecuencia, usado como prueba de que la cuestión de la tierra, y su correlativa cuestión agraria, están perdiendo relevancia. Pero los hechos están ahí para ser interpretados. No se debería entender que la migración significa la completa proletarianización o urbanización, sino la propagación del riesgo en circunstancias altamente adversas. Si esta urbanización se hubiera acompañado con industrialización y creación de trabajo, la conclusión podría haber sido otra. Pero la realidad es diferente: la urbanización se produce junto con la desindustrialización y las limitaciones. La urbanización toma la forma predominante del establecimiento ilegal y no planeado, por lo cual la mitad de la población urbana de Kenia y Sudáfrica vive en barrios bajos (Moyo de próxima aparición, a). Es notable, en relación con esto, que la migración no sea meramente unidireccional, ya que los trabajadores reducidos de las minas y las estancias son también conocidos por buscar la campesinización, como registró un estudio de caso de la “usurpación” rural en Zimbabwe (Yeros, 2002b), o como ciudadanos que entran en procesos de reforma agraria (Moyo y Yeros, pág. 181 de este volumen).

La situación de América Latina parece, para algunos observadores, sustancialmente diferente, dado que la población está casi doblemente urbanizada, pues llega a un 60% y hasta a un 80%. Sin embargo, por las mismas razones brindadas más arriba, estas cifras no cuentan la totalidad de la historia. A fines de los ochenta, De Janvry y Sadoulet (1989) estimaron, sobre la base de los once estudios de caso, que las unidades domésticas en “cultivos subfamiliares” no obtienen, en promedio, más que el 40% del ingreso de sus propias granjas, mientras que el resto obtiene ingresos, en primer lugar, de salarios en zonas rurales y urbanas. Esta categoría de productores agrícolas era grande en números absolutos, y daba cuenta del 50% del número total de granjas que ocupan menos del 2% del total del área cultivada.

El caso específico de Brasil, el país más industrializado del continente, provee algunas perspectivas valiosas. Para empezar, están aquellos (De Oliveira, 2003) que afirman que la “acumulación primitiva” ha tenido su curso en Brasil en virtud de la expansión del sector de servicio y de la absorción del ejército de reserva laboral por el empleo flexibilizado. Pero un análisis riguroso de la información nos sugiere otras cosas. Por ejemplo, un cuidadoso estudio del censo de 1985 mostró que

mientras la semiproletarización estaba de hecho bajo presión, el 57% de las granjas aún consistía en familias semiproletarizadas de áreas rurales que vivían en el 3,6% del total del área cultivada. En números absolutos, esto era casi igual a aquellos declarados como completamente proletarizados en las áreas rurales. Información más reciente de los noventa ha mostrado (Graziano da Silva, 1999) que, de hecho, la producción para el consumo propio y la autoprovisión de vivienda se han expandido y que, como en África, los productores campesinos han buscado un refugio precario en la proliferación del empleo rural no agrario, en gran medida, de baja calificación (servicio doméstico, industria de tiempo libre, construcción, etc.) satisfaciendo las necesidades de consumo de la élite. Las diferencias principales con las realidades pasadas de subdesarrollo se basan en que los agricultores subfamiliares complementan sus ingresos, ahora, con empleo rural *no* agrícola (lo que se denomina “multiocupacionalismo” y da origen a la “urbanización” de áreas rurales), mientras compiten más agresivamente por el empleo rural y el lugar de residencia rural con trabajadores urbanos desempleados (“ruralización” de las áreas urbanas). Podemos agregar aquí que este proceso incluye la “recampesinización”, tanto de manera independiente como por medio de los programas actuales de reforma agraria. Lauro Mattei (pág. 359 de este volumen), por ejemplo, demuestra que en los noventa desaparecieron 450 mil propiedades campesinas, mientras se asentaba a 270 mil familias a través de la reforma agraria (en otras palabras, por cada tres familias campesinas desposeídas de tierra, dos lograron poseerla a través de la reforma). Finalmente, podemos esperar que el subdesarrollo de los países menos industrializados en América Latina persista a una escala incluso mayor. Cristóbal Kay ha afirmado esto más recientemente, al sostener que la “mayoría del campesinado de América Latina parece estar arrinconado en un estado permanente de semiproletarización” (2000: 131-132).

En el continente asiático es más difícil hacer generalizaciones, dado que incluye a los países altamente industrializados (Japón, los “tigres” del este asiático), los subdesarrollados y China, que se está industrializando muy rápidamente. Sin embargo, entre los subdesarrollados, el mismo patrón general de semiproletarización continúa prevaleciendo. Asia, en su totalidad, tiene un nivel relativamente bajo de urbanización (casi tres cuartos de la población habita en las áreas rurales). Incluso, casi dos tercios de la población (con variaciones entre los países) están empleados en la agricultura (Mooij, 2000: 213). La diferenciación rural en Asia tiene una historia precapitalista, como muestra Breman (2000), pero ha ido aumentando debido a la inserción en el mercado capitalista y se ha acelerado a causa de la revolución verde (Mooij, 2000: 219). El efecto ha sido el aumento de la

clase más rica de campesinos en detrimento de las restantes, que se semiproletarizaron o fueron desposeídas. A pesar de ello, se ha argumentado que la proletarización total fue impedida, en alguna medida, por la acción del Estado, y que las unidades domésticas rurales, en general, se han aferrado a una parcela y mantenido la estrategia dual de ingresos de la producción de pequeñas mercancías y del trabajo asalariado (Harriss, 1992; Breman, 2000). También ha ocurrido que las actividades rurales *no* agrarias y los mercados proliferaron, de modo que entre el 30% y el 40% de los ingresos domésticos de las unidades domésticas proviene ahora de fuentes no agrícolas (ver la reseña en Mooij, 2000: 222). Es posible decir, también, que la tendencia dual de ruralización de la ciudad y la urbanización del campo es observable, con características similares, en Asia: “El sector informal [en la economía urbana] no es un hito hacia una vida urbana mejor y más asentada, sino un refugio temporario a la espera de un trabajo que puede luego devolverlo a su lugar de origen cuando ya no lo necesite” (Breman, 2000: 241). Mientras tanto, se nota que “no hay un Nuevo Mundo en el cual establecerse, como lo ha habido para las masas proletarizadas de Europa un siglo antes” (Breman, 2000: 240), concepto que sirve para reubicar el cambio agrario contemporáneo en su propio contexto centro-periferia.

DINÁMICAS DEL CAMBIO RURAL EN LA PERIFERIA

La transición hacia el capitalismo en la periferia ha tenido lugar bajo la acumulación desarticulada, subordinada no sólo a las necesidades de acumulación de la burguesía doméstica, sino también a (y en alianza con) las necesidades de acumulación del capital del Estado central. En consecuencia, *no* se la ha caracterizado como un “camino americano”, como la identificó Lenin –esto es, una acumulación de base amplia por parte de los productores de pequeñas mercancías “desde abajo”– sino por las siguientes cinco vías, que se han combinado de diferentes formas (ver *inter alia*, De Janvry, 1981; Byres, 1991; Moyo de próxima aparición, a):

- Una *vía junker* dominante de terratenientes convertidos en capitalistas en América Latina y en Asia (fuera del este asiático), con sus variantes en las sociedades blancas colonizadoras de África del sur. Este camino maduró a lo largo del siglo XX y culminó con la revolución verde. En términos políticos y económicos, esta vía de agricultura comercial a gran escala funciona ahora en línea con el capitalismo transnacional (no necesariamente de terratenientes). Más recientemente, el gran capital agrario también se desplazó hacia la tierra, alejándose de la agricultura y hacia el manejo de la vida silvestre o de las aventuras del “ecoturismo”.

- Una *vía mercantil* de capital no rural, que incluye el capital mercantil, elementos pequeño-burgueses, burócratas, personal militar y profesionales que ganaron el acceso a la tierra por medio de arrendamientos o por propiedades vía el Estado, el mercado o la reforma agraria. Cultivan a una escala más pequeña que la anterior, pero se integran apropiadamente a los mercados de exportación y a la agro-industria global. Esta vía se encuentra a lo largo de toda la periferia.
- Una *vía estatal* que implica tierras apropiadas por los Estados en el curso de la construcción nacional, presente en toda la periferia. Esta vía retrocede ahora por las privatizaciones, las concesiones al capital nacional e internacional o la conversión al ecoturismo, y alimenta directamente a las dos vías anteriores.
- Una *vía limitada del campesinado mediano a rico* de producción de pequeñas mercancías creadas por una combinación de las tendencias genéricas a la diferenciación rural y a políticas estatales activas en el período de posguerra. Durante la construcción nacional, estos estratos estaban sujetos a políticas públicas contradictorias de bajos precios de producción, subsidios y a la reforma agraria. Si bien el neoliberalismo ha propiciado su aumento debido a la parcialización y la descolectivización, también reforzó su hundimiento o el hecho de que se mantuvieran a flote por sus propios medios. Este campesinado opera en una gran variedad de acuerdos de tenencia, como el dominio absoluto y el comunal; bajo la liberalización, también diversificó sus inversiones en actividades no agrícolas como el transporte, el comercio y los servicios de hospitalidad a pequeña escala. Puede incluir los “cultivos contratados”, en los que los capitales transnacionales contratan directamente a productores de pequeñas mercancías, controlando sus condiciones de producción y proveyendo insumos, estándares y mercados de salida, pero sin tomar título de la tierra o parte en asuntos laborales.
- Finalmente, una *vía rural pobre*, que incluye a las masas completamente proletarizadas y a los campesinos semiproletarizados. Esta trayectoria está caracterizada por las tendencias contradictorias de la proletarización total y la retención o adquisición de un terreno familiar para la pequeña producción de mercancías y para la seguridad social (consistente con el dualismo funcional). El proletariado y semiproletariado rural migran dentro de las áreas rurales, de áreas rurales a centros urbanos y a lo largo de fronteras internacionales; entran en el sector económico informal, tanto rural como urbano, a través de actividades como el

comercio al por menor, las artesanías y el empleo flexibilizado. A veces luchan, exitosamente, por la recampesinización. Bajo la liberalización, a esta vía se han unido trabajadores despedidos de minas, granjas e industrias urbanas. Es notable que esta gran subclase de desempleados, empleados inestables y desplazados, también sea conocida por proveer soldados para las guerras económicas no emancipatorias y por el control de la producción y del comercio de recursos altamente valorados como el petróleo, la madera, los diamantes y la coca.

Ya hemos notado que la liberalización levantó algunos de los impedimentos para la completa proletarización que estaba operando en las décadas de posguerra. La última y más notable de tales medidas ha sido la “agenda de la pobreza” liderada por el Banco Mundial en los años setenta y encapsulada en el “programa de desarrollo rural integrado”. Este último buscó reforzar el dualismo funcional en sus momentos de crisis. Con la llegada del neoliberalismo de los ochenta y el abandono de la “agenda de la pobreza”, se aceleró la tendencia a la proletarización. No obstante, la acción política directa e indirecta y una serie de catástrofes sociales obligaron a su retorno –como lo anunció el *Informe sobre el desarrollo mundial 1990* (Banco Mundial, 1990)– e, incluso, trajeron de vuelta la reforma agraria en su modelo de mercado. La nueva agenda ha sido menos ambiciosa que su predecesora y virtualmente inefectiva en el reforzamiento del dualismo funcional. En uno de los ejercicios más publicitados de desarrollo social, el de Cardoso en Brasil, la alienación de la tierra ha sido rápida y sólo parcialmente detenida por la reforma agraria, y esto, a cuenta del activismo político rural y no de una política de reforma agraria concertada (Fernandes, pág. 335 de este volumen). Mientras tanto, en otro caso en el que la agenda social neoliberal falló espectacularmente, en Zimbabwe, la recampesinización a gran escala tuvo lugar fuera del control del Banco Mundial. Allí, grandes y pesadas penas fueron impuestas y no ha emergido aún un nuevo patrón de “acumulación desde abajo” (Moyo y Yeros, pág. 181 de este volumen). Estos dos, como muchos otros, deben ser vistos como casos “normales” de cambio agrario en la periferia bajo el neoliberalismo, donde las poblaciones rurales han estado sujetas a las ilimitadas fuerzas del mercado, han luchado para la recampesinización entre otros fines económicos y políticos y, en efecto, han luchado para reproducir el dualismo funcional *por sus propios medios*, con éxito variable e involucrando niveles diferentes y contingentes de apoyo de agencias estatales y no estatales.

Junto con la semiproletarización se produce un florecimiento de las jerarquías sociales que derivan del género, la generación, la raza, la casta

y la etnia, incluso en un grado tan intenso como para producir formas de “dependencia personal” que, propiamente bajo el capitalismo, puede ser llamada “servidumbre humana”. Dicho fenómeno “no capitalista” no pasó inadvertido a los teóricos clásicos: Marx (1976: capítulo 13), por ejemplo, vio el tráfico de niños en Inglaterra como una función de la industrialización; y Lenin (1964: 204-206) observó la persistencia de un servicio laboral casi feudal en Rusia como algo compatible con las necesidades de acumulación de capital. Ambos, sin embargo, subestimaron la propensión del capitalismo a recrear tales fenómenos en el largo plazo. En el mundo contemporáneo, la acumulación desarticulada y su corolario de semiproletarización proveen la base económica estructural para la reproducción de estos fenómenos. Así, en ausencia de una relación objetiva entre la remuneración del trabajo y el desarrollo de las fuerzas productivas, la “monótona obligación” de las fuerzas del mercado es capaz de llevar a los trabajadores asalariados a relaciones de “dependencia personal”, comúnmente mediadas a través de las poderosas jerarquías sociales que, o se fusionan con la clase (por ejemplo, raza, casta) o la atraviesan (género). Pueden aparecer como “no capitalistas” en la superficie, pero están completamente subordinadas al funcionamiento del mercado. Incluso, continúan produciendo formas de “grandes propietarios”, a pesar de la culminación histórica de la “*vía junker*”.

En este volumen, la sinergia entre clase y raza se puede señalar en referencia a México y Zimbabwe (Bartra y Otero, pág. 401; Moyo y Yeros, pág. 181 de este volumen), y entre la clase y la casta en referencia a la India (Pimple y Sethi, pág. 251 de este volumen). En estos casos, tanto la dominación histórica como el proceso de resistencia han fusionado los lenguajes de la clase y los de raza o casta. Consecuentemente, las demandas para la reforma agraria tocaron el corazón de las identidades nacionales y culturales dominantes, a través de las cuales se reproducen las condiciones de la superexplotación. El caso de África es similar, con la diferencia de que allí los temas de clase y raza se han politizado fuertemente por un período más largo (Fanon, 2001; Cabral, 1979)¹³. Las luchas armadas por la liberación nacional contra el colonialismo se iniciaron en una fecha tan temprana como los años cincuenta (comenzando con Argelia y Kenya) y se expandieron al oeste de África (Guinea-Bissau) y al sur de África. El resultado ha sido la obtención de gobiernos de la mayoría a lo largo

13 Es notable que la politización de la clase/raza en América Latina continúa siendo erosionada por la cultura europea dominante. Así, es todavía perfectamente aceptable, aun para los intelectuales líderes, escribir una historia del pensamiento político radical en América Latina, sin un compromiso con el panafricanismo de Frantz Fanon, nacido en el Caribe (por ejemplo en Löwy, 1999).

del continente, pero dentro de un marco neocolonial caracterizado por el crecimiento de las pequeñas burguesías nativas volcadas hacia el exterior, que defendían nacionalmente el patrón desarticulado de acumulación. Específicamente en el sur de África, el neocolonialismo ha coincidido en gran parte con el ajuste estructural. En estos casos, la política nacional se galvanizó con las luchas clasistas urbanas y rurales, pero también con la creciente diferenciación clasista entre los negros. Esto último ha dado ímpetu a un nuevo período de conflicto intercapitalista entre las emergentes burguesías negras y el capital blanco establecido, ambos orientados hacia el exterior y pujando por la cuestión de la tierra. El resultado fue una bifurcación rígida de la cuestión nacional: por un lado, el capital negro se confrontó con el capital blanco, transformando el significado de la “liberación nacional” en sus propios términos y tomando como rehén a la reforma agraria; por el otro lado, las realidades históricas de las clases y razas persisten, caracterizadas por el dualismo funcional dentro de un marco de supremacía blanca, que incluye los sistemas de tenencia racializados de grandes propietarios, a los que se les dio lugar (Moyo, 2001; Rutherford, 2001; Yeros, 2002b).

La jerarquía del género ha sido tan intrínseca al dualismo funcional como la de la raza. En el último período colonial de África, por ejemplo, el proceso de asegurar el trabajo masculino en minas y estancias se basaba en la política de confinar a las mujeres a las áreas comunales, a través de medios institucionalizados y bajo jefaturas despóticas (Channok, 1985; Schmidt, 1990; Mamdani, 1996). Así, el dualismo funcional tuvo dos pilares discretos, uno femenino y otro masculino. En tanto la jefatura se transformaba de varias maneras y las mujeres entraban masivamente en el mercado del trabajo, continuaban siendo el pilar del dualismo funcional en ambas áreas. Esta situación es extensible a la periferia. De hecho, bajo el ajuste estructural, la jerarquía del género fue completamente instrumentalizada en la medida en que el Programa de Ajuste Estructural (SAP, por su sigla en inglés) disminuyó los servicios sociales y se apoyó en el trabajo reproductivo de las mujeres que, a su vez, se intensificó. Al mismo tiempo, las mujeres se han visto forzadas a diversificar las fuentes de ingresos domésticos. No obstante, los impedimentos tradicionales para acceder a la tierra han persistido y permanecieron sujetos a las relaciones de parentesco patriarcales, mientras que el uso ilegal de la tierra ha proliferado en muchos casos (Moyo, 1995b; Agarwal, 1994, Deere y León, 2001). En el mercado laboral, ellas han entrado en el escalón más bajo, donde permanentemente se les ha negado el estatus de “trabajadoras” (Sylvester, 2000), aun al punto de que su trabajo ha sido considerado como medio de pago de la deuda de los familiares del hombre (Kapadia, 2000). Las

mujeres han recurrido al menudeo, a lo largo de áreas rurales, urbanas y en los límites internacionales, con varias implicancias para la organización familiar (Gwaunza, 1998).

Finalmente, el trabajo infantil se ha intensificado bajo la crisis y ha obligado a los niños a trabajar bajo condiciones altamente precarias y explotadoras. Los niños se han convertido en el pilar básico del dualismo funcional. El fenómeno es demasiado común: se retira a los chicos de la escuela y se los pone a trabajar o al cuidado de otros chicos, mientras los padres cumplen sus tareas laborales o sucumben por el SIDA. Se ha estimado que 180 millones de niños están ocupados en las peores formas de trabajo infantil, principalmente en agricultura, pero también en la manufactura, el servicio doméstico y el “turismo sexual” (ILO, 2002a). Muchos están sujetos al tráfico y a trabajos esclavos, así como al reclutamiento para los conflictos armados (ILO, 2002b). También se estima que hay 13 millones de huérfanos a causa del SIDA, muchos de los cuales se volvieron cabeza de familia. La incidencia más alta de este factor se da en África, donde la pandemia ha reducido el conjunto de la expectativa de vida a los 48 años. Paralelamente, en la totalidad de los países “en desarrollo”, la tasa promedio anual de reducción de la mortalidad de niños menores a cinco años, en comparación con la del período 1960-1990 (UNICEF, 2002), se ha reducido a la *mitad* en el período 1990-2001. No es una exageración decir que desde la “década perdida” a la “década perdida”, los pobres rurales y urbanos se enfrentan al genocidio sistemático.

LA POLÍTICA EN LAS ZONAS RURALES

Si los campesinos no han “desaparecido”, en el sentido de que la pobreza rural continúa parcialmente campesinizada o espera para recampesinizarse, entonces, ¿cuál es su importancia y potencial políticos? Los principales analistas del cambio agrario, incluidos Cristóbal Kay, Henry Bernstein y Alan de Janvry, han minimizado el potencial político de las zonas rurales bien por medio del descuento progresivo de la agencia rural (Kay), peculiarizándola luego del “fin de la reforma agraria” (Bernstein), bien ubicándola en el “acceso a la tierra” bienestarista y en el marco de “alivio de la pobreza” del Banco Mundial (De Janvry). Otros autores, entre los que nos incluimos, tenemos grandes diferencias (Petras, 1997; Petras y Veltmeyer, 2001; Moyo, 2001; Yeros, 2002a). Nuestro argumento se basa en que, a pesar de las inmensas fuerzas económicas y políticas dispuestas contra ella, la pobreza rural ha devuelto el golpe de una forma progresiva, en un número significativo de casos y a lo largo y ancho de los tres continentes. Señalamos que los movimientos rurales actuales se apoyan, por lo general, aunque no exclusivamente, en la táctica de la ocupación masiva de tierras para asegurar su sustento inmediato;

pero, más todavía, confrontan el poder político sustentado en la tierra y desafían abiertamente al neoliberalismo. De hecho, reivindicamos que las zonas rurales de la periferia se hayan convertido hoy en el lugar más significativo de las políticas antiimperialistas en todo el mundo.

Ésta es una postura que requiere ser caracterizada de diferentes maneras y, lo que es más importante, exige un compromiso *crítico* con los movimientos rurales a la manera en que lo han hecho Petras (1997) y Borón (2003). En lo que sigue, y antes de adentrarnos en un análisis crítico y comparativo, comenzaremos con algunos temas conceptuales pertenecientes a las políticas rurales.

LOS CAMPESINOS Y LA POLIS

La cuestión de la significación política del campesinado tiene sus orígenes en la Europa de finales del siglo XIX. Aquéllos fueron tiempos turbulentos: económicamente, la industrialización se estaba desarrollando muy deprisa, y las transiciones agrarias entre los que la iniciaron tardíamente (Alemania y Francia) sufrían la competencia encarnizada de los Estados ex coloniales; políticamente, el sufragio masculino universal se estaba expandiendo. Así, el asunto viró hacia la reflexión de cómo manejar las zonas rurales en el curso de la transición o, de otra manera, de cómo ganar su apoyo para la transformación socialista (Engels, 1953a). Para los socialistas, la cuestión se impuso de la forma más conmovedora durante el aislamiento y la derrota de la Comuna de París. Mientras tanto, el conflicto intercapitalista estaba alimentando la competencia entre los Estados y colocando al imperia-lismo en un nuevo camino, marcado por la división de África. De este modo, la preocupación por las zonas rurales se transplantó también a las colonias, donde tomó la forma de la “cuestión nativa” (esto es, cómo organizar el proceso laboral y al mismo mantener el control geográfico, político y moral sobre los “nativos”). Desde entonces, los campesinos han jugado roles importantes en las progresivas transformaciones sociales, desde en las revoluciones socialistas del siglo –notablemente, Rusia, Cuba, China y Vietnam– hasta en las luchas por la liberación nacional y republicana (desde en México en la década de 1910 hasta en la India en los cuarenta y, en África, durante los tardíos los noventa). En este sentido, las condiciones subjetivas del campesinado están hoy mucho más avanzadas que el desarrollo de las fuerzas productivas. Consecuentemente, la teoría política del campesinado ha sufrido, también, transformaciones en ambos tipos de teóricos, los burgueses y los marxistas.

Como hemos visto, en el período neoliberal, las zonas rurales han tenido un papel clave en la absorción del proceso de ajuste global. Mientras la teoría económica del ajuste estructural fue conducida en los términos

del “prejuicio urbano” –por el cual los “trabajadores urbanos” se separaron de los “campesinos rurales” y se culpó a los primeros por la pobreza de los últimos (Bates, 1981; Banco Mundial, 1981)– la teoría política se desarrolló, más o menos, como un espectáculo secundario. Ésta se nutrió, en los ochenta, de los “neoinstitucionalistas” y otros (North, 1981, 1990; Bates 1989a, 1989b; Diamond, 1987), pero sus pretensiones democráticas fueron puestas al descubierto por las llamadas abiertas a la represión de las fuerzas populares (Bates, 1981: 131; Lal, 1997: 33). Mas luego, la tregua dio lugar a una tormenta de teorías políticas. La proliferación de la protesta social a nivel mundial se combinó con el colapso del bloque soviético y el desafío desarrollista en Asia para “traer de vuelta al Estado” y, eventualmente, cambiar el énfasis de las SAP, “obtener los precios justos” y hasta “obtener la *política* justa” (Yeros, 2002b).

El nuevo debate político se comprometió con la protesta social, desenterrando la noción de “sociedad civil” y ensalzando sus virtudes, pero también despojándola de su potencial transformador. La “sociedad civil” –el dominio designado como la forma y el contenido “apropiado” de la política bajo el capitalismo– vino a oponerse conceptualmente al “Estado”, de una formal tal que, en la práctica, la oposición política al Estado y particularmente a su entremetimiento en el mercado se convirtieron en el *sine qua non* de la expresión política civilizada. Luego, la política “correcta” sería “amigable con el mercado”. La primera y obvia consecuencia fue la despolitización de la base clasista de la sociedad civil –en palabras de Marx, la ecuación del “ser humano real” con el “ser humano privado” (1975: 148)– y la relegación de los asuntos clasistas fundamentales al terreno “incivilizado”. Una segunda consecuencia de esta coyuntura fue la *urbanización* de la teoría democrática (es decir, el hecho de centrar la investigación en el área geográfica donde prevaleció el activismo político formal, organizado y civilizado, como en la mayoría de los sindicatos y de las ONG que crecían de la noche a la mañana). Una tercera consecuencia, que se deduce de las anteriores, fue la reafirmación del *eurocentrismo*: (a) la despolitización de las relaciones centro-periferia por medio del posicionamiento de un Estado genérico, no diversificado, desprovisto de un contexto, de una historia o de relaciones internacionales; (b) la negación de la especificidad “semiproletarizada” de la periferia, al asumir una concepción industrializada del “trabajador”, de aquel que está urbanizado, asentado, sindicalizado y, últimamente, insertado en los canales formales (o “tripartitos”) de expresión política a la vez que, agregamos nosotros, esto mismo se estaba transformando en las sociedades industrializadas. Profundizamos este tema más abajo.

Estas problemáticas han intensificado una vez más la controversia histórica sobre la relación entre la democracia y el capitalismo. Con el cambio del siglo XIX en Europa, generalmente se creyó que la

revolución democrático-nacional era una plataforma importante tanto para la expansión del capitalismo industrial como para el fortalecimiento de la clase trabajadora. Engels (1953b), por ejemplo, elogió célebramente el sufragio universal por las grandes ganancias políticas que éste le ha provisto a las clases trabajadoras, especialmente en Alemania. Más recientemente, ha sido argumentado por Ellen Meiksins Wood (1995) y Borón (2001) que existe una “contradicción” o una “incompatibilidad” inherente entre el capitalismo y la democracia, que los logros políticos y sociales del último siglo derivaron de las mismas luchas populares y no de la lógica capitalista de funcionamiento que está constantemente tratando de desmontar y limitar los logros sociales. En respuesta, Petras y Veltmeyer (2000) han suavizado esta postura, teorizando la relación en términos “instrumentales”, esto es que el capitalismo sólo puede tolerar la democracia cuando es compatible con la reproducción del sistema de lucro. De nuestra parte surgen dos puntos. El primero es que no podemos teorizar apropiadamente acerca de la democracia nacional a un nivel que no permita identificar claramente la relación centro-periferia, dado que entre el sistema de Estados jerárquicamente estructurados, las economías políticas periféricas se relacionan subordinadamente con las del centro. Mientras el capitalismo exhibe globalmente una tendencia orgánica a la crisis económica, la crisis en la periferia es más frecuente –aun cuando el centro esté en bonanza, como en los años cincuenta y sesenta– y se acompaña con lapsos frecuentes de autoritarismo y represión. Los Estados centrales no necesitan recurrir a medidas drásticas similares en tanto que, y en la medida en la cual, puedan desplazar la crisis fuera de sus fronteras. En este sentido, la democracia es más “estable” en el centro y más “inestable” en la periferia.

Segundo, en la periferia, donde la expansión industrial ha estado esforzándose por mantenerse y mejorar, y donde la autodeterminación nacional ha sido negada, no podemos hablar apropiadamente de revoluciones democrático-nacionales totales como si efectivamente hubiesen tenido lugar. Han sido parciales y tentativas, aun en los Estados en los que se han experimentado significativas transformaciones industriales. En tanto todos los Estados periféricos pueden haber logrado la independencia jurídica, y muchos de ellos el sufragio universal, todos han continuado operando dentro de un patrón de acumulación fundamentalmente desarticulado, que diacrónicamente ha estrechado las posibilidades electorales y fracasado, incluso, en el cumplimiento del mínimo de las demandas sociales modernas, a saber, las garantías de los costos de la reproducción social. Así, la violencia estatal contra las fuerzas populares es endémica, la suspensión de los procedimientos democráticos recurrente, y las relaciones sociales “no capitalistas” de producción se

encuentran libres para germinar. No es accidental que la rama de la ciencia política de la teoría del desarrollo haya tenido semejante interés perenne en la “democratización” –desde los primeros teóricos de la modernización hasta el presente– para la que el problema ha consistido en resolver, precisamente, cómo obtener esa condición faltante, la burguesía estable del centro, sin recurrir a la contradicción centro-periferia.

Bajo esa luz, argumentamos que representa una mayor recompensa investigar no sólo las relaciones sociales domésticas de la ciudadanía (contra las nociones meramente procedimentales de la democracia), sino también sus relaciones internacionales, de modo que el significado de la soberanía externa se encuentre teorizado adecuadamente. El principio moderno de la soberanía popular es una moneda de dos caras, con un lado interno y otro externo, por lo que la negación de la soberanía externa es, al mismo tiempo, la negación de la soberanía interna. Ello también significa que mientras la *polis* en su unidad más elemental permanece siendo el Estado-nación, éste sólo es entendido dentro de la comunidad de Estados-naciones (la *polis* de las *poleis*). El hecho de que el sistema político internacional no asuma las características burocráticas obtenidas en el Estado-nación no es un argumento para su relegación al estatus de “no comunidad”¹⁴. Tampoco lo es el hecho de que sea jerárquicamente estructurado, negando su sustancia ética, pues ésta es la demanda para la igualdad entre los Estado-nación.

El marco planteado más arriba nos permite identificar los determinantes globales de la “civilización” en la que reside la ciudadanía. También nos habilita para especificar la falsedad de las “transiciones democráticas” en el período neoliberal y para enfatizar la significación continua de la revolución democrático-nacional. Y en esta permanencia hay una continuidad fundamental en la estructura ideológica y económico-política del orden mundial, que ha sobrevivido al período del imperialismo formal: aunque la raza, como un principio del orden político, haya sido abolida, su eurocentrismo persiste en la práctica en una forma desbiologizada y culturalizada (Amin, 1989). El imperialismo de posguerra hace exclusivas demandas a valores universales (“civilización”) como una cuestión de rutina; se arroga repetidamente el derecho de determinar los asuntos de la comunidad internacional y reproduce el proceso de desarrollo y subdesarrollo en términos de “imitación” exitosa

14 En la disciplina de las Relaciones Internacionales, la tradición “realista” dominante, como el portavoz académico del imperialismo de los Estados Unidos, ha sostenido sin cesar tal argumento (Waltz, 1979), en tanto versiones burguesas más “normativas” del orden mundial han sido ofrecidas por los realistas, liberales y posmodernistas “ingleses” (Bull, 1995; Linklater, 1998; Walker, 1988), así como también por neogramscianos (Cox, 1987).

o de un testarudo “error de imitación” (lo último típicamente atribuido a “rasgos” nacionales, sociales y políticos). Bajo el imperialismo, el significado de “desarrollo” puede sufrir cambios en el tiempo, pero no su eurocentrismo, que continúa “asociado con su alma maldita: el racismo que no se erradica” (Amin, 1989: 77).

Si nos detenemos en la era de posguerra, a través de los períodos neoliberales y de construcción nacional, observamos que el “desarrollo” ha conformado, consistentemente, los requerimientos de la acumulación extrovertida. Sin embargo, también vemos que de un período al siguiente ha habido una reducción del espacio político “civilizado”: al tiempo que los enemigos de la civilización acostumbran a ser las fuerzas “inamistosas de la propiedad”, y los nacionalistas y socialistas radicales buscan mantener en la economía en la endogamia, los enemigos de hoy son “inamistosos con el mercado”, una banda de bárbaros mucho más amplia. En ambos casos, los bárbaros han sido rutinariamente sujetos a tácticas de cooptación y represión por las agencias de los Estados imperiales y neocoloniales, con la ayuda del sindicalismo internacional (Yeros, 2002b). Donde surgieron desarrolladas dictaduras militares –para suspender los procedimientos democráticos formales– ello ha sido la culminación de una incontrolable lucha de clases.

Finalmente, observamos que con el comienzo del siglo XXI la civilización ha ganado algunas nuevas características. Con la Guerra Fría ya dejada de lado y una profundización de la crisis global como futuro, las políticas progresistas se han encontrado a sí mismas pisando las coordenadas militarizadas de una “guerra contra el terror”. Esto se sostiene ahora tanto en el centro como en la periferia. En este sentido, también observamos que la erosión de los derechos democráticos en el centro y la militarización de sus políticas extranjeras son simultáneas a una nueva fase de inestabilidad en la periferia. A su vez, es notable el surgimiento de un movimiento “antiglobalización” de envergadura mundial con un nuevo *modus operandi*, aunque aún sin una clara dirección política, sin un entendimiento clasista o sin una resolución acerca del eurocentrismo.

¿Dónde deja esto a los movimientos rurales? En primera instancia debemos reconocer que, si bien la valoración clásica en el siglo XIX del campesinado como aislado, conservador y reaccionario es justificable, no es exacta en este momento. El campo ha sido totalmente transformado en el siglo XX y se ha integrado completamente, no sólo a la economía capitalista, sino también a la dialéctica humanista de la conciencia, desde las movilizaciones socialistas y nacionalistas del pasado hasta los movimientos feministas y del medio ambiente presentes. Contrariamente a los enfoques “localistas” de la política rural (Scott, 1985), ya sean populistas o relativistas, los lenguajes morales modernos actuales

son de envergadura global, infunden nociones globales de “dignidad” y “razón” y son la base moral de la protesta social mundial. En segundo lugar debemos admitir que, en oposición a las vastas teorías de posguerra acerca del “comportamiento” político de los campesinos, el campo no exhibe tendencias de comportamiento “esenciales” de ningún tipo (como, por ejemplo, las que implican la preocupación con las “formas de resistencia cotidianas”). Los pobres rurales se involucran en una variedad de políticas. Votan en elecciones locales y nacionales, se comprometen en actos de desaffo desorganizados y encubiertos (ocupación sin permiso, usurpación, caza o pesca en zonas vedadas, robo), participan en movimientos, públicos y organizados, de ocupación de tierras y también entran en los sindicatos. Pelean en rebeliones, revoluciones y en guerras de emancipación. Sus políticas pueden ser progresivas o regresivas, ellos pueden bien conformar a las demandas de la sociedad civil, bien confrontarlas completamente.

El tercer punto es que debemos asumir las ambigüedades de la conciencia de los trabajadores campesinos y los problemas de la organización política que les pertenecen. Comentarios recientes de importantes analistas de “movimientos sociales globales”, “nuevos internacionalismos”, o la “multitud” (Munck y Waterman, 1999; Cox, 1999; O’ Brien et. al., 2000; Hardt y Negri, 2000) dejan mucho que desear. La semiproletarización produce una fuerza de trabajo en movimiento, dentro de las áreas rurales, a lo largo de la división urbano-rural y de los límites internacionales. Esta fuerza de trabajo es, asimismo, pobre y abundante, relativamente insalubre, analfabeta y desprovista de poder de mercado. Ni los campesinos, ni los proletarios, ni los semiproletarios tienen motivos de queja que surjan de ambos, del cultivo familiar (escasez de la tierra, inseguridad de la tenencia) y del lugar de trabajo (salarios y condiciones de empleo). Sus lenguajes políticos son frecuentemente “étnicos” o “nacionales” y, mientras pueden ser poderosas fuentes de movilización, ellos no son adecuados en sí mismos para la tarea de articular los intereses de clase más amplia y defenderlos sobre una base sustentable.

Mientras tanto, una plétora de organizaciones busca “hablar” a los pobres rurales, enlistarlos en sus filas o asegurarse su apoyo: desde las ONG y las organizaciones eclesiásticas hasta partidos políticos, sindicatos, uniones de agricultores y movimientos de gente sin tierra. Si la teoría neoliberal de la “sociedad civil” gravitó naturalmente en las áreas urbanas en los tempranos años noventa, en la práctica, las agencias de desarrollo global y las ONG penetraron en las áreas rurales con “proyectos” y donaciones. Esta actividad se expandió bajo el ajuste estructural, en la medida en que las responsabilidades sociales de los Estados se achicaron y las agencias de desarrollo global encontraron nuevos y voluntariosos socios en las ONG, que se apropiaron de esos Estados.

Como ha sido bien demostrado, (Petras et al., 1997; Moyo y Romadhone, 2002), las ONG han servido para despolitizar y cooptar los agravios rurales y convertirlos en proyectos de bienestar; se mantienen a sí mismas en actividad por medio de fondos externos y sirven, además, como los nuevos vehículos del “gobierno indirecto” (Moyo, 2001).

A los sindicatos no les ha ido mejor. Durante todo el período de la Guerra Fría los sindicatos periféricos lucharon para mantener la independencia, pero la fría realidad de la insolvencia económica crónica (derivada de la pobreza de sus miembros) y la represión política les impusieron dos alternativas: aceptar el patronazgo de los Estados (usualmente por medio de partidos políticos y movimientos nacionalistas), o de centros sindicales internacionales, mayoritariamente del International Confederation of Free Trade Unions (ICFTU) de base occidental, así como también, en menor grado, del World Federation of Trade Unions (WFTU) respaldado por la Unión Soviética. Una importante consecuencia fue el fracaso de los sindicatos para entrar en las alianzas clasistas independientes con los movimientos rurales o para enlistar la totalidad del semiproletariado y articular sus agravios duales, rurales-urbanos. Con el comienzo del ajuste estructural y el deterioro económico, los sindicatos perdieron sus miembros, con lo cual sus bases financieras, crónicamente débiles, se debilitaron aun más, y las fuentes de su dependencia de los patrones se intensificaron. Con el colapso del bloque Soviético y con la disolución del WFTU, los sindicatos o han sucumbido a la liberación de los Estados o se han apiñado en torno de la agenda “amigable con el mercado” del ICFTU. Consecuentemente, han sido sistemáticamente “civilizados”, se han retirado todavía más del proyecto campesino-trabajador y, de este modo, han aumentado el vacío político en las zonas rurales.

Los sindicatos de granjeros (en particular los de pequeños granjeros, de los que nos ocupamos aquí) no han escatimado la “civilización”, excepto que ellos han sido civilizados por los Estados y no por los movimientos internacionales. Dos características han sido prevalecientes. La primera es que, de forma rutinaria, los Estados han incorporado a los sindicatos de granjeros a sus estructuras, usándolos como ramificaciones del Estado en la prosecución de la política agraria o industrial. De manera notable, esta práctica se ha caracterizado por las tácticas de división y dominación respecto de los trabajadores-campesinos. A través de ellas, los “intereses del campesinado” fueron tratados separadamente de los “intereses del trabajador” y los sindicatos de granjeros separadamente del conjunto de los sindicatos. La segunda característica es que los sindicatos de pequeños granjeros han caído, con frecuencia, como rehenes de elementos burgueses, renunciando a la defensa de las cuestiones de la tierra y a las políticas de desarrollo que apuntaban a la acu-

mulación de los pequeños propietarios. Esto ha sido otra vez evidente en términos generales (ver los trabajos de México y Zimbabwe de este volumen), aunque particularmente notorio en la India contemporánea (Banaji, 1995; Brass, 1995), donde a pesar de los enormes problemas agrarios, los sindicatos de granjeros no adoptan la causa agraria y los movimientos de ocupación de tierras son relegados al margen de la vida política (Pimple y Sethi, pág. 251 de este volumen). Nuevamente, el resultado arroja una profundización del vacío político en las zonas rurales en una época de deterioro económico.

Los partidos políticos de izquierda han tenido relaciones ambiguas con el campo, aunque, en general, han sucumbido a la lógica del capital, sea para obtener el poder del Estado o después de obtenerlo. Abundan ejemplos en el siglo XX, e incluso casos que nos conciernen aquí de forma inmediata, como el Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil, el partido Unión Nacional Africana-Frente Patriótico (ZANU-PF) en Zimbabwe, y el Congreso Nacional Africano (ANC) en Sudáfrica. El fenómeno estatista ha sido lo suficientemente común como para haberle dado un aumento en los noventa a una estrategia “antipolítica” y “antiestatista”; esto ha sido proclamado más formalmente por los zapatistas y continuado recibiendo la justificación teórica de John Holloway en su libro *Cambiar el mundo sin tomar el poder* (2002). Pero esta estrategia ha tenido orígenes problemáticos, en tanto la disolución sumaria del partido político y del poder del Estado ha fallado en la resolución de los enigmas históricos de la izquierda. Abordaremos este punto más adelante, aunque aquí es suficiente hacer notar que mientras la estrategia identifica correctamente las poderosas dinámicas condicionantes de la *raison d'état*, se queda corta con una identificación similar de la *raison* de la sociedad civil y con los obstáculos para su transformación (Borón, 2003). De hecho, la alternativa propuesta de “demandar un cambio sin tomar poder”, si es entendida en sentido estricto como una forma de praxis, aparece como una mera receta para el reformismo. Argumentamos nosotros que la lección a ser aprendida no es que el partido político y el poder del Estado deben abstenerse doctrinariamente, sino que, como siempre, la tarea es construir movimientos de trabajadores-campesinos autosuficientes, que puedan resistir el imperialismo en los niveles tanto de la sociedad civil como del Estado.

La presente conjetura, que sostiene que la sociedad civil ha sido transformada en una herramienta del neoliberalismo –ya sea por medio de la red de “ayuda para el desarrollo” o por medio del sindicalismo internacional– es una de las más desfavorables. La sociedad civil, tanto como los sindicatos conformistas, los sindicatos de granjeros y las ONG han sido visiblemente incapaces de expresar los agravios duales, rurales-urbanos, del semiproletariado. En este contexto, el campo

ha sido librado a sus propios recursos, en gran medida por la política (“cotidiana”) de bajo perfil y, con frecuencia, explosiva; los casos de la India, Ghana y Zimbabwe anteriores a 1998 y analizados en este volumen demuestran este punto. Junto con muchos otros, estos casos han contenido un potencial tanto progresivo como regresivo. En la sección siguiente se argumentará que el potencial progresivo es cultivado, en la actualidad, por los movimientos rurales, cuyo énfasis se ubica en la acción directa más que en las políticas electorales. Sin embargo, se mostrará que en un caso importante, en Zimbabwe, un movimiento rural “libremente organizado” obtuvo la reforma agraria radical directamente a través del partido gobernante y del Estado, lo que apareció como única alternativa viable para las limitaciones sofocantes de la sociedad civil. En otro caso, el de las Filipinas, la acción directa sobre la tierra, combinada con el posicionamiento de los elementos reformistas dentro del Estado –la “estrategia *bibingka*” dual– se realizó para ejercer una presión a través de un círculo significativo de reformas agrarias en los noventa (Borras, 1998, Feranil, pág. 273 de este volumen). Se argumentará, en líneas más generales, que el objetivo del poder estatal debe permanecer a la vista, pero no llevado a cabo a expensas del trabajo organizacional de base, ya que que la falta contemporánea de un plan claramente articulado para la toma del poder es una debilidad de los movimientos rurales y no una fortaleza.

Antes de aproximarnos al análisis de los movimientos rurales contemporáneos notamos que, a mediados de los noventa, el prejuicio urbano de la teoría democrática liberal estaba siendo superado. El Banco Mundial había relanzado en esa época su agenda de reforma agraria, y lo central fue el intento de cooptar los agravios rurales en la adquisición de la tierra y el programa de redistribución (al cual volveremos) del “iniciado-por-la-comunidad y asistido-por-el-mercado” (CIMA). Observamos también que, desde los noventa, un extenso cuerpo de investigación y análisis ha sido producido por teóricos marxistas, quienes procuraron dar coherencia a las dimensiones políticas de la agenda de investigación, incluyendo a Banaji (1995), Brass (1995), Mamdami (1996), Petras (1997), Borras (1998), Bernstein (2000), Petras y Veltmeyer (2001), Deere (2003), Moyo (de próxima aparición), Yeros (2002b) y Borón (2003).

¿NUEVOS MOVIMIENTOS RURALES?

Surge entonces la pregunta de cómo etiquetar a los movimientos rurales contemporáneos. Aquí nos interesaremos por los movimientos que están *organizados* en diferentes grados –incluyendo a aquellos que están en proceso de organización– y tienen una agenda de reforma agraria *progresista*. Tales movimientos han proliferado en las últimas dos décadas y

constituyen importantes fuentes –en muchos casos, el núcleo– de políticas de oposición dentro de sus respectivos Estados.

En un artículo de gran importancia, James Petras (1997) argumentó que hay una “tercera” ola de políticas de izquierda en América Latina, que comprende movimientos que han llenado el vacío político neoliberal de los noventa y cuya fortaleza ha sido el campo y las zonas rurales (ver también Petras y Veltmeyer, 2001). Petras lo caracteriza como un “nuevo campesinado”, cuyas características resumimos a continuación:

- Su *base social* es una mezcla rural-urbana de pequeños cultivadores y proletarios, incluso de semiocupados y desempleados urbanos;
- Su *dirección* está conformada por “intelectuales campesinos”, en oposición a los intelectuales universitarios; evitan los cultos a la personalidad y operan bajo el principio de que “cada miembro es un organizador” más que bajo las fórmulas jerarquizadas del pasado;
- Sus *tácticas* se caracterizan por la acción directa, mayormente, en la tierra, pero también en otros espacios públicos y privados;
- Su *estrategia* es “antipolítica” y se define por la autonomía de los partidos políticos y del Estado, pero también por la prosecución de alianzas estratégicas con partidos políticos, sindicatos y otros movimientos sociales;
- Sus *ideologías* tienden a fusionar el lenguaje marxiano con los lenguajes político étnico/raciales, y se vinculan cada vez más con el género y con la sensibilidad ecológica;
- Son *cosmopolitas*, cultivan una visión internacionalista y se comprometen en los debates y las alianzas internacionales por cuenta propia.

Esto implicaría, por cierto, una substantivamente “nueva” política rural. No obstante, es justo decir que la mayoría de los movimientos rurales latinoamericanos, más que encarnarlo, suscribirían este modelo como un *ideal*, mientras que algunos no aprobarían gran parte del mismo y otros adoptarían algunos aspectos en contra de su voluntad. Agregamos aquí que el modelo no es específico de América Latina: tiene contrapartidas en Asia y África. Procederemos, pues, a analizar cada característica separadamente.

Base social. Este concepto es similar en toda la periferia y comprende a semiproletarios, desempleados rurales y proletarios urbanos, tanto hombres como mujeres. Supone permanecer entre dos aguas

en la división urbano-rural. Los movimientos rurales contemporáneos mundiales se están convirtiendo en un centro de organización para las masas de la pobreza rural, descartadas por el neoliberalismo.

Liderazgo. Observamos el fenómeno de los “intelectuales campesinos”, particularmente en movimientos que han proclamado su autonomía de los partidos políticos y sus intelectuales asociados. Éstos han procedido a cultivar, por sus propios medios, estructuras nacionales y locales durables y más amplias, para poner en movimiento procesos independientes de toma de conciencia. Ello es más evidente en América Latina, pero también en las Filipinas, donde los movimientos rurales de los noventa se han separado del Partido Comunista. Asimismo, en Sudáfrica se formó, en 2001, el Movimiento Popular de los Sin Tierra. Por contraste, en Zimbabwe, donde la movilización se produjo mayormente dentro del partido gobernante, la dirección ha sido provista por la Asociación de Veteranos de Guerra por la Liberación Nacional, sus sucursales locales y sus cuadros dentro del Estado; allí, muchos veteranos de guerra han estado entre los pobres rurales y, por lo tanto, entre los “intelectuales campesinos”, pero no ha sido la idea establecer una generalización para crear estructuras democráticas durables con educación política sistemática. Deberíamos notar, sin embargo, que aun entre los movimientos “antiestatales”, los “campesinos intelectuales” no son un fenómeno exclusivo. El mantenimiento de un compromiso con el espíritu del “campesinado intelectual” debe ser visto como un desafío continuo.

Tácticas. La predominancia de la acción directa sobre la tierra es un desarrollo muy significativo y extendido. Está parcialmente asociada con la desavenencia con los partidos políticos, aunque no enteramente –como se muestra en el caso de Zimbabwe y, de hecho, en la historia más larga de las ocupaciones de la tierra alrededor del mundo–, incluyendo las acciones deficientemente organizadas y poco destacadas, así como las mejor organizadas y más trascendentes. La novedad es que, bajo el neoliberalismo, muchos movimientos rurales organizados han ubicado, a conciencia, la ocupación de la tierra en el centro de su arsenal de tácticas políticas y, más específicamente, por medio de las ocupaciones han enfrentado las reformas agrarias basadas en el mercado, bien obligándolas a trabajar más efectivamente o desplazándolas enteramente. Hemos visto el uso organizado de las ocupaciones de la tierra, entre otros países, en Brasil, Filipinas, Indonesia, Tailandia, India, Sudáfrica y Zimbabwe. (Abordaremos las tácticas de ocupación de la tierra en la sección siguiente). Hay importantes excepciones, como las que se encuentran entre los movimientos rurales que optaron por las luchas armadas, a saber, los zapatistas en México (ver Bartra y Otero, pág. 401 de este volumen) y la FARC en Colombia (Ampuero y Brittain, pág. 377 de este volumen).

Estrategia. El fenómeno “antipolítico” es también un desarrollo muy significativo y tiene un impacto en las dos características precedentes. La autonomía de los partidos políticos y del Estado es mayormente observada en América Latina, pero también en Asia y África. Sin embargo, el asunto de la “autonomía” en su sentido holístico, que incluiría los sitios “no estatales” del poder imperial como las “políticas de oposición”, no está conceptualizado adecuadamente. Así, en la medida en que la nueva estrategia ha estado preocupada por la “autonomía” ganada, el récord ha sido más problemático. Romper con el Estado ha significado que los movimientos rurales hayan tenido que entrar en las esferas de las ONG, sindicatos e iglesias, donde operan fuerzas sistemáticas de cooptación no menos intensas. Entre los que han perseguido una estrategia de autonomía de los partidos políticos y del Estado están los movimientos rurales de las Filipinas, India, el recientemente fundado movimiento en Sudáfrica, los zapatistas en México y el MST en Brasil. Por contraste, el movimiento que ha evitado a la sociedad civil y que ha perseguido la acción directa por medio del partido gobernante y el Estado es el de Zimbabwe. Una mirada más profunda de los casos particulares de México, Zimbabwe, Brasil y las Filipinas puede ser instructiva respecto del problema de la autonomía en su sentido holístico.

Los zapatistas lanzaron una lucha armada contra el Estado en 1994, y en ese tiempo se proclamó una visión para la transformación socialista (Petras, 1997; Otero, 1999; Bartra y Otero, pág. 377 de este volumen). A pesar de ello, una rápida confrontación y un rodeo militar tuvieron sus víctimas, y el movimiento fue obligado, progresivamente, a limitar su visión política. Comenzó a trasladar el énfasis desde el lenguaje clasista al de los derechos indígenas se focalizó en la reforma democrática, cortejó a la sociedad civil e incluso ofreció una renuncia a la lucha armada. Los resultados de la sublevación combinada y la transición civil se han mezclado: por un lado, los zapatistas han inspirado y vigorizado las políticas de oposición en México –de hecho, en toda América Latina–; por otro lado, la dura realidad de no haber “tomado el poder” se ha traducido en meras promesas de reforma, que aún no han sido deliberadas y no parece que lo serán en breve. En este caso, es evidente que los zapatistas han tenido que reconciliarse consigo mismos en una estrategia “antiestatista”, más que a la inversa.

El caso de las Filipinas es bastante semejante (ver Feranil, pág. 273 de este volumen). Los movimientos rurales radicales de los ochenta, que tenían vínculos cercanos con el Partido Comunista y su ala armada, fueron vencidos y dispersados por la campaña de “guerra total” del gobierno de Aquino. El exitoso período de los noventa vio la reconfiguración de los movimientos rurales, la renuncia a la lucha armada y la prosecución de la construcción de alianzas dentro del marco

constitucional, aunque cerca de los “límites”. La diferencia aquí ha sido el éxito calificado de la “estrategia *bibingka*”, un acercamiento dual para implantar elementos reformistas dentro del Estado, mientras se persiste con las ocupaciones de tierras y campañas. La estrategia *bibingka* obtuvo una ronda significativa de reformas agrarias en los noventa. De todos modos, la correlación de fuerzas, nuevamente, se ha ido modificando: los reformadores fueron desplazados y a la estrategia de los noventa se la calificó como obsoleta. En cambio, los movimientos rurales buscaron una nueva táctica y se inclinaron, cada vez más, hacia el lenguaje de los “derechos humanos” más que al de la transformación social.

Zimbabwe ofrece un contraste. Se trata del caso de un movimiento militante que rompió con la sociedad civil, que actuó directamente por medio del Estado y alcanzó una reforma agraria radical, aunque fracasó en sostenerse y en defender sistemáticamente sus intereses (ver Moyo y Yeros, pág. 181 de este volumen). El período poscolonial de Zimbabwe se ha caracterizado por la clausura de las demandas reales, tanto en los niveles del Estado como en la política de oposición. También por ocupaciones de tierra desestructuradas y de bajo perfil, que se expandieron bajo el ajuste estructural. El movimiento sindicalista (ZCTU) fue la única fuente de esperanza durante un corto período, en los tardíos años ochenta y principios de los noventa, en la medida en que tomó una postura militante contra el neoliberalismo y proclamó la unificación de los trabajadores-campesinos como una cuestión organizacional. Sin embargo, a mediados de esa década, el ZCTU fue cooptado dentro del dominio civil por una combinación de deterioro económico neoliberal, la represión estatal y el patronazgo del sindicalismo internacional. Ya hacia finales de la década, los sindicatos estaban operando dentro de un marco internacionalmente respetado de “buena gobernabilidad”, que a su vez fue impermeable a las cada vez más numerosas demandas militantes rurales. Fue durante este tiempo que la Asociación de Veteranos de Guerra por la Liberación Nacional comenzó a agitarse dentro del marco del partido gobernante, a los efectos de la re-radicalización nacional y de la reforma agraria. Sin embargo, el movimiento ha sido significativamente modernizado por el partido gobernante, a la burguesía nativa se le ha permitido ganar una importante posición sobre la tierra, y los pobres rurales enfrentan, ahora, un nuevo desafío dentro de una tangible estructura organizacional propia.

Brasil, finalmente, es un caso en el cual la cuestión de la autonomía se posiciona en una coyuntura crítica. En el período de “redemocratización” luego del gobierno militar, el MST cultivó cerrados vínculos con el PT, al tiempo que mantenía su independencia y entraba en una alianza estratégica con la central sindical (CUT). No obstante, a lo largo de los noventa, tanto el CUT como el PT sufrieron la cooptación y la acomodación,

al punto de aceptar los dictados del neoliberalismo después de obtener el poder estatal. Paralelamente, desde la victoria electoral del PT, el MST ha estado en un proceso de incorporación en las estructuras estatales, en tanto el gobierno de Lula ha fracasado en la formulación de una agenda de reforma agraria diferente de la de su predecesor. Así, la relación del MST tanto con el Estado como con sus alianzas tradicionales se halla cuestionada, como también lo está la misma identidad del MST. El proceso, sin embargo, abunda en contradicciones que están lejos de ser resueltas, ya que el MST ha intensificado su campaña de ocupación de tierras durante el gobierno de Lula, introduciéndose en un nuevo período de confrontación rural. La cuestión de quién le dará qué órdenes a la policía y de qué se hará con las milicias contratadas por los terratenientes –ambas cuestiones fundamentalmente “estatales”– impactará, indudablemente, en la dirección del cambio.

Podemos concluir, entonces, que la mayoría de los movimientos rurales ha adoptado, de una u otra manera, la estrategia “antipolítica”, aunque de ninguna forma ha concretado su codiciada “autonomía” de la acción política. Los objetivos se mantienen hasta obtener esa rara libertad, la autonomía genuina del imperialismo, en niveles tanto estatales como de políticas de oposición, con la finalidad de cultivar una base social fuerte y políticamente consciente y de articular una clara estrategia para la toma del poder. Ésta tendrá, por necesidad, especificidades nacionales y, contra Holloway, no debería ni someterse ni proclamar una aplicación “universal”.

Ideología. Ésta sigue siendo una dimensión débil de los movimientos rurales debido, parcialmente, a un giro hacia la derecha de los partidos políticos y sus intelectuales asociados y a los desacuerdos resultantes entre movimientos y partidos rurales. Pero un desarrollo positivo ha sido, precisamente, la emergencia de un “intelectual campesino”, observable en la fusión del lenguaje marxiano con el lenguaje étnico/racial (en efecto, la incipiente indigenización del marxismo). Esto ha sido evidente en Bolivia y en México, así como también en otros países. A pesar de ello, la indigenización del marxismo ha sido inestable, como demuestra el caso de los zapatistas, que aún no se ha consolidado a sí mismo. En África, donde el marxismo indigenizado ha tenido una historia más larga, los movimientos rurales contemporáneos han quedado atrás. El LPM en Sudáfrica ha roto con el partido nacionalista (ANC), que sucumbió a las fuerzas burguesas sólo para terminar luchando contra el “multirracialismo” superficial de la sociedad civil, donde los intelectuales blancos de clase media continúan ejerciendo una fuerte influencia. Al mismo tiempo, el movimiento liderado por los veteranos de guerra en Zimbabwe rompió con la sociedad civil y operó dentro de los parámetros vacilantes de la burguesía y pequeña burguesía del movimiento

nacionalista. Aunque el nacionalismo siempre ha tenido un fuerte potencial para movilizar y emancipar y nutrió la posibilidad de una revolución democrática nacional, en sí mismo no ha sido suficiente para los intereses de la clase trabajadora a largo plazo.

Otros signos positivos en América Latina son la nueva sensibilidad ecológica y el reconocimiento del patriarcado como un problema fundamental (Stephen, 1996; Petras, 1997; Deere y León, 2001; Deere, 2003). Estas perspectivas son quizá más evidentes en Brasil y en México. En relación con el género, los movimientos rurales han adoptado, a fines de los años noventa, una política consciente de equidad. Ello dio sus frutos en términos de movilización y democratización interna, tanto como en la presión ejercida contra el Estado para la inclusión de una legislación específica de género en el proceso de reforma agraria. En Zimbabwe, por contraste, el movimiento de ocupación de tierras se ha alejado de una política género-sensible, a pesar del hecho de que la mujer ha participado, en gran número, de las ocupaciones. En este caso, las fuertes corrientes patriarcales del movimiento nacionalista siguen siendo dominantes.

Cosmopolitismo. El problema del internacionalismo es central para la cuestión de la ideología. El avance en la interacción internacional entre los movimientos rurales es el último de varios desarrollos políticos rurales. Esto toma formas regionales, como en el Congreso Latinoamericano de Organizaciones del Campo (CLOC); la Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo (ASOCODE); y la Red Sudafricana de la Tierra (SANL). También ha asumido contornos globalizados, como la Vía Campesina, una asociación global de granjeros, y el Foro Social Mundial (FSM), en el que las organizaciones mencionadas participan activamente.

El contexto histórico de estos desarrollos es la década del noventa, especialmente durante sus últimos años, cuando la izquierda comenzó a reagruparse y reconstituirse a sí misma sin la presencia de la Unión Soviética y la Guerra Fría. Éste es el marco en el que el movimiento de “antiglobalización”, encarnado en el FSM, emergió como una conferencia de políticas de oposición global. La cuestión del internacionalismo y la ideología se ha reimpuesto en esta coyuntura y, junto con ella, una multitud de nuevos y viejos debates y divergencias. A pesar de la heterogeneidad y el pluralismo del FSM, existen corrientes ideológicas dominantes, y esto impacta en la manera en que los participantes resuelven la cuestión del internacionalismo por ellos mismos. Así, observamos que la estrategia “antiestatal” y “antipolítica” es una corriente dominante a la que, más recientemente, le ha dado rigor conceptual el escrito de Michael Hardt y Antonio Negri (2000) en los Estados Unidos y Europa, y el de John Holloway (2002) en México. Otros intelectuales también se

han destacado en diferentes ámbitos geográficos, como Walden Bello (1998) en las Filipinas y Patrick Bond (2002a; 2002b; 2002c) en Sudáfrica, sin adherir, al menos en sentido estricto, a la “antipolítica”. Al mismo tiempo que reconocemos la diversidad del FSM y su actual y necesaria función de lograr la toma de conciencia y articulación global (Monal, 2003), nos focalizamos en tres fuertes tendencias que no se llevan muy bien con el internacionalismo.

Primero está la idea de que vivimos en un mundo “posnacional”. La invasión de Irak y la reacción del mundo –de ninguna manera a través de los canales FSM– han mostrado cuán importante sigue siendo la idea de la soberanía nacional y cuán riesgoso es hablar de un mundo “no estatal”. Vivimos en un mundo imperialista, en el que la promesa poscolonial de autodeterminación nacional ha sido negada, sin que sea posible, por ello, hacerla desaparecer. La idea de un posnacionalismo, sin embargo, continúa infiltrando formas de pensamiento, oscureciendo al imperialismo y al eurocentrismo, degradando el principio de la autodeterminación nacional y proclamando el internacionalismo (o “multirracismo”) barato. El reconocimiento de la diferencia nacional y la igualdad en *sustancia* es la precondition del internacionalismo; esto demanda compromiso para la resolución de la cuestión agraria en su sentido clásico y, por lo tanto, de la cuestión de la lógica y la ideología del desarrollo desigual.

Argumentamos, en conexión con esto, que pese a todas las diferencias de sus tácticas, estrategias y resultados, el levantamiento zapatista y los movimientos de veteranos de guerra de Zimbabwe han permanecido entre las corrientes que plantearon reclamos a lo más demandante del internacionalismo. Que el movimiento de veteranos de guerra de Zimbabwe no captara la “imaginación” de la izquierda mundial tiene menos que ver con la violencia a la que se la asociaba (que es comparable a, y de hecho mucho menos que, otras convulsiones políticas en África, Asia y América Latina) y más con las normas civilizadas “antiestatales” y “posnacionales” del movimiento antiglobalización; sólo el LPM en Sudáfrica defendió las ocupaciones de tierras.

En segundo lugar, falta un análisis clasista riguroso, cuestión que se aplica tanto a los eurocentristas que propagan términos vacuos como “la multitud” (Hardt y Negri, 2000), como a aquellos que pueden no suscribirlos pero también fracasan en identificar precisamente la estructura clasista de la sociedad civil. Es éste el caso actual de África, y particularmente el de la sociedad civil de Zimbabwe (Bond, 2002a; 2002c), donde las proclamas de “las clases trabajadoras” de los sindicatos y las organizaciones civiles son tomadas al valor nominal y la base material de los movimientos (para incluir las fuentes de financiamiento, alianzas, etc.) no es investigada.

El tercer punto es la falta del reconocimiento de la especificidad semiproletarizada del capitalismo periférico. Hay dos tendencias notables: o a “urbanizar” la protesta social en la forma acostumbrada y a hacer desaparecer la cuestión agraria (Bond, 2002c), o a “ruralizar” la protesta, juntando a los semiproletarios en la categoría de “granjero” [“*farmer*”] que se aplica universalmente en Francia y los Estados Unidos, Zimbabwe y Brasil. Es el ejemplo de Vía Campesina (Desmarais, 2002). En el trabajo de defensa en el que Vía Campesina ha estado comprometida a nivel mundial, la idea de unir las organizaciones del centro y la periferia en un “Granjero Internacional” en vistas a defender “la forma de vida campesina” tiene sus límites obvios. Las realidades políticas y económicas demandan que la prioridad organizacional se asiente en la unificación de los trabajadores-campesinos mediante la división rural-urbana, con el objetivo de defender una acumulación articulada¹⁵.

OCUPACIONES DE TIERRAS Y REFORMA AGRARIA

Llegamos, finalmente, a la relación entre las ocupaciones de tierras y la reforma agraria. Notamos que no todos los movimientos rurales dependen de las ocupaciones de tierras, mientras que algunos, entre aquellos que las hacen, también cultivan una agenda política más amplia. Sin embargo, la ocupación de tierras es la táctica de política básica de muchos movimientos y requiere particular atención, especialmente en su interacción con las reformas basadas en el mercado. La reforma agraria volvió a la agenda del desarrollo a mediados de los noventa bajo los auspicios del Banco Mundial. En ese tiempo, el “acceso a la tierra” fue reconocido como un tema importante para el “alivio de la pobreza”. Es indudablemente cierto que el acceso a la tierra para el pobre rural, y especialmente para las mujeres, es un medio crucial de mejoramiento de la reproducción social de las familias. Pero el significado del nuevo “acceso a la tierra” no descansa en el “alivio de la pobreza” como tal, sino más fundamentalmente en su objetivo económico y político más amplio, el refuerzo del dualismo funcional y la más segura reproducción de capital en un período de crisis política, social y económica. Sin coincidencia alguna, esta última iniciativa de reforma agraria del Banco Mundial ha buscado obtener la redistribución de la tierra *dentro* de las estructuras político-nacionales dadas, las mismas estructuras que no son sólo hostiles a la reforma sino también, naturalmente, que están comprometidas con la “acumulación desde arriba”, tanto antes como después de la reforma. Reiteramos que la importancia de la reforma

15 Podemos agregar que Samir Amin (1981) nos brinda valiosas perspectivas sobre los principios, aplicaciones y problemas de la acumulación articulada en la periferia, así como también las lecciones que ofrecen para el futuro.

agraria, más allá del alivio a corto plazo que ofrece a los pobres rurales, constituye su potencial para quebrar las estructuras políticas que fomentan el subdesarrollo.

Varios observadores han notado que existen tres modelos diferentes de reforma agraria y que, de hecho, interactúan de una manera muy dinámica (De Janvry, Sadoulet y Walford, 2001; Moyo, 2003; Veltmeyer, pág. 301 de este volumen). Los modelos pueden ser *grosso modo* identificados como “de estado”, “de mercado” y “popular”. Para especificar este proceso puntualizamos cuatro elementos de la reforma agraria: (a) la selección de la tierra; (b) el método de la adquisición de la tierra; (c) la selección de los beneficiarios; (d) el método de la transferencia de la tierra a los beneficiarios. Estos aspectos pueden combinarse de diferentes maneras en circunstancias históricas, de modo que no es posible distinguir fácilmente cada modelo. Argumentamos anteriormente que la agenda de los sin tierra y de los que tienen poca tierra ha sido históricamente la fuente básica de la reforma agraria durante la Guerra Fría y en el presente. Como tales, las reformas agrarias siempre han sido “populares”. Lo que es nuevo en el contexto actual es la tentativa más consciente de los pobres rurales para influir en el Estado y en el mercado a través de las ocupaciones de la tierra y liderar el camino mediante varios pasos: se autoseleccionan como beneficiarios, seleccionan la tierra, la adquieren de hecho, y luego esperan que el Estado las formalice legalmente. Esto puede continuar, o no. En términos más generales, se sabe que la táctica del perfil bajo (“usurpación” ilegal) también ejerce influencia sobre el proceso político, pero de una manera mucho más difusa y contingente.

El modelo “estatal” es aquel en que el Estado juega un rol prominente en el proceso de reforma, como lo hizo durante todo el período “desarrollista” y lo hace en la actualidad. El Estado puede realizarlo de una o dos maneras: inclinándose hacia lo “popular” o hacia el “mercado”. Puede adquirir la tierra compulsivamente, constituyendo el escenario radical: el Estado selecciona la tierra, la confisca sin compensación (o con una compensación simbólica), selecciona los beneficiarios (si ya no se han autoseleccionado) y les transfiere la tierra directamente por medio del título individual o colectivo. El Estado también puede adquirir la tierra a través del mercado, constituyendo el escenario reformista “vendedor dispuesto, comprador dispuesto”: aquí el mercado (esto es, los propietarios) selecciona la tierra (si y cuando los propietarios lo dispongan), el Estado compra tierra y compensa a los propietarios (a menudo con ayuda externa), el Estado selecciona los beneficiarios (a menos que, nuevamente, hayan actuado en forma preventiva) y el Estado les transfiere los títulos. Existen otros híbridos, como cuando el Estado espera estimular las transferencias de la tierra a través de los

impuestos, estipula un mínimo requerimiento de producción o valora su precio administrativamente teniendo en cuenta el mercado. Las variaciones “estatales” pueden coexistir en la constitución de un país y, de hecho, compiten por la importancia en el desarrollo político y social. Éste fue el caso de Zimbabwe en los noventa, un proceso que se resolvió en favor de la adquisición compulsiva. También es el ejemplo presente de Brasil, donde se efectúan continuos “experimentos de mercado”, aunque el principal método sigue siendo el siguiente: el Estado evalúa si la tierra es utilizada productivamente o no, lo cual justifica constitucionalmente la adquisición; luego, si el Estado procede, compensa a los propietarios por medio de la emisión de bonos; el Estado elige las familias a ser instaladas, aunque en general las familias se han autoseleccionado; el Estado transfiere el título. Variaciones del modelo estatal se dan en muchos otros lugares tales como Nicaragua, El Salvador, Namibia, Sudáfrica y las Filipinas.

El modelo de “mercado”, a pesar de que se presenta dentro del modelo reformista estatal a lo largo del período de posguerra, ha buscado consolidarse durante los años noventa. El modelo de mercado ha buscado desplazar al Estado de los varios pasos del proceso de reforma agraria, pero aún no ha predominado (en su forma pura). El modelo se ha hecho conocido como “iniciado-comunitariamente, pero asistido-por-el-mercado” (CIMA, por su sigla en inglés), y ha operado de la siguiente manera: las “comunidades” (los pobres rurales) se seleccionan a sí mismas; entran en negociaciones con los propietarios acerca de la locación y el precio de la tierra; compran la tierra y reciben el título de los propietarios. Este proceso es monitoreado muy de cerca por el Estado, que busca aceptarlo por medio de impuestos o incentivos necesarios para que los propietarios puedan disponer de la tierra. Mientras tanto, las siempre dispuestas ONG proveen asistencia técnica a las comunidades con el propósito de identificar la tierra y navegar los circuitos legales, y las agencias estatales y de desarrollo, en “empresas conjuntas”, proveen una mezcla variable de préstamos y subsidios para que los pobres rurales compren, construyan infraestructura y establezcan una agricultura viable. Como la investigación sobre estos temas recién está surgiendo, sus contradicciones se vuelven bastante claras, precisamente porque las “negociaciones” sobre la tierra y el precio entre dueños y sirvientes hacen un mercado de venta: el proceso de reforma agraria infla los precios y no reparte tierra productiva. Incluso, los fondos provistos a los pobres rurales son generalmente insuficientes para establecer una agricultura viable. El modelo ha sido “probado” en Brasil, Colombia, Guatemala, Tailandia y Zimbabwe (Barros et al., 2003).

En realidad, donde se sabe que el mercado ha “funcionado” es porque ha estado sobre los talones de la acción militante. En la temprana

experiencia de la reforma agraria en Zimbabwe dentro del marco “comprador dispuesto, vendedor dispuesto”, en los únicos casos en los que la tierra con alto valor agro-ecológico fue redistribuida a los pobres se trataba de la tierra de los colonos blancos que habían sido desalojados de las zonas liberadas por la guerra. La experiencia de Brasil corrobora la significación del agente militante. Fernandes (pág. 335 de este volumen) muestra que desde 1995 a 1999, el 85% de todos los nuevos asentamientos conducidos por el gobierno tuvo su origen inmediato en ocupaciones directas de la tierra; 2.800 asentamientos de la reforma agraria fueron creados con cerca de 30 mil familias, y a éstos les siguieron 1.800 ocupaciones con 256 mil familias. Aun así, la calidad de la tierra adquirida ha sido inferior y la política de desarrollo rural posdistribucionista, notoriamente débil.

Los estudios de caso realizados en este volumen ofrecen variadas perspectivas del proceso de las ocupaciones de la tierra y de la reforma agraria. Entre los temas considerados se encuentran la composición social de las ocupaciones; los problemas de equidad de género en la reforma agraria; los métodos de movilización y especialización de las ocupaciones de tierras; las relaciones con otros movimientos sociales y partidos políticos y las estrategias de los propietarios y el Estado para socavar, desviar u obstruir las ocupaciones de tierras.

CONCLUSIÓN

En este trabajo nos propusimos brindar una interpretación holística de la cuestión agraria en la economía política internacional, con especial énfasis en el período neoliberal. Hemos argumentado que la cuestión agraria, a pesar de su globalización, se mantiene íntimamente ligada con la cuestión nacional. También sostuvimos que los desafíos ante la resolución de la cuestión agraria y de la cuestión nacional se han incrementado bajo el neoliberalismo.

Sin embargo, el neoliberalismo se encuentra ahora claramente en una postura más débil que hace un cuarto de siglo, habiendo fracasado en la distribución del “desarrollo” y, últimamente, sufrido una derrota ideológica. Así, la nueva coyuntura histórica provee una singular oportunidad para que los movimientos progresistas propongan un orden posliberal; al mismo tiempo, presenta un enorme reto para la construcción de un orden mundial que sostenga la acumulación periférica. Resulta quizás irónico que los movimientos rurales se hayan convertido en los líderes “naturales” del cambio progresista, no en virtud de su explotación por el capital, sino de su expulsión de él. Pero bajo las circunstancias de severa cooptación política de los explotados y de la crisis de reproducción social entre los expulsados, no es sorprendente que los movimientos rurales estén creciendo y tomando posturas militantes.

Deseamos que este volumen contribuya positivamente al debate, la reflexión y el refuerzo tanto de los movimientos rurales como de sus contrapartes urbanas. Deseamos, asimismo, que el movimiento más amplio de antiglobalización se convierta en el lugar donde prospere la genuina solidaridad internacional.

BIBLIOGRAFÍA

- Agarwal, Bina 1994 *A Field of One's Own: Gender and Land Rights in South Asia* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Amin, Samir 1976 *Unequal Development*, traducción de Brian Pearce (Brighton: Harvester).
- Amin, Samir 1981 *The Future of Maoism*, traducción de Norman Finkelstein (New York: Monthly Review Press).
- Amin, Samir 1989 *Eurocentrism*, traducción de R. Moore (London: Zed Books).
- Amin, Samir 1997 *Capitalism in the Age of Globalization* (London: Zed Books).
- Arrighi, Giovanni 2003 "The Social and Political Economy of Turbulence" en *New Left Review*, II (20), marzo/abril, pp 5-71.
- Banaji, Jairus 1995 "The Farmers Movements: A Critique of Conservative Rural Coalitions" en Tom Brass New (ed.) *Farmers Movements in India* (London: Frank Cass).
- Banco Mundial 1981 *Accelerated Development in Sub-Saharan Africa* (Washington DC: World Bank).
- Banco Mundial 1990 *World Development Report 1990* (Oxford: Oxford University Press for the World Bank).
- Barros, Flávia, Sergio Sauer y Stephan Schwartzman (eds.) 2003 *The Negative Impacts of World Bank Market Based Land Reform* (Brasília: Rede Brasil).
- Bates, Robert 1981 *Markets and States in Tropical Africa: The Political Basis of Agricultural Policies* (Berkeley and Los Angeles, CA, y London: University of California Press).
- Bates, Robert 1989a *Beyond the Miracle of the Market: The Political Economy of Agrarian Development in Kenya* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Bates, Robert (ed.) 1989b *Toward a Political Economy of Development: A Rational Choice Perspective* (Berkeley, CA: University of California Press).
- Bello, Walden 1998 "East Asia: On the Eve of the Great Transformation?" en *Review of International Political Economy*, 5(3), pp 424-444.

- Bernstein, Henry 1988 “Capitalism and Petty-Bourgeois Production: Class Relations and Divisions of Labour” en *Journal of Peasant Studies*, 15(2).
- Bernstein, Henry 1990 “Agricultural “Modernisation” and the Era of Structural Adjustment: Observations on Sub-Saharan Africa” en *Journal of Peasant Studies*, 18(1), pp 3-25.
- Bernstein, Henry 2000 “‘The Peasantry’ in Global Capitalism: Who, Where, and Why?” en Panitch, Leo y Leys, Colin (eds.) *Socialist Register 2001: Working Classes, Global Realities* (London: Merlin).
- Bernstein, Henry 2002 “Land Reform: Taking a Long(er) View” en *Journal of Agrarian Change*, 2(1), pp 433-463.
- Bernstein, Henry 2003 “Land Reform in Southern Africa in World-Historical Perspective” en *Review of African Political Economy*, 96, pp 21-46.
- Binswanger, Hans P., Deininger, Klaus y Feder, Gershon 1993 *Power, Distortions, Revolt, and Reform in Agricultural Land Relations*, Policy Research Working Paper Series (Washington, DC: World Bank).
- Bond, Patrick 2002a *Zimbabwe’s Plunge* (London: Merlin).
- Bond, Patrick 2002b *Against Global Apartheid* (Cape Town: University of Cape Town Press).
- Bond, Patrick 2002c *Cultivating African Anti-Capitalism*, mimeo.
- Borón, Atilio A. 2001 *A Coruja de Minerva* (Buenos Aires y Petrópolis: CLACSO y Editora Vozes).
- Borón, Atilio A. 2002 *Imperio e Imperialismo* (Buenos Aires: CLACSO).
- Borón, Atilio A. 2003 “A Selva e a Polis: Interrogações em Torno da Teoria Política do Zapatismo” en Atilio A. Borón *Filosofia Política Marxista* (Buenos Aires y São Paulo: CLACSO y Cortez).
- Borras, Saturnino M. 1998 *The Bisingka Strategy to Land Reform and Implementation: Autonomous Peasant Mobilizations and State Reformists in the Philippines*, Working Paper Series, N° 274 (The Hague: Institute of Social Studies).
- Brass, Tom 1995 “Introduction” en Brass, Tom (ed.) *New Farmers’ Movements in India* (London: Frank Cass).
- Breman, Jan 2000 “Labour and Landlessness in South and South-east Asia” en Bryceson, D. et al. (eds.) *Disappearing Peasantries?* (London: ITDG Publishing).
- Bryceson, Deborah 2000a “Peasant Theories and Smallholder Policies: Past and Present” en Bryceson D. et al. (eds.) *Disappearing Peasantries?* (London: ITDG Publishing).
- Bryceson, Deborah 2000b “African Peasants Centrality and Marginality: Rural Labour Transformations” en Bryceson D. et al. (eds.) *Disappearing Peasantries?* (London: ITDG Publishing).

- Bryceson, Deborah, Kay, Cristóbal y Mooij, Jos (eds.) 2000 *Disappearing Peasantries? Rural Labour in Africa, Asia, and Latin America* (London: ITDG Publishing).
- Bull, Hedley 1995 *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics* (London: Macmillan).
- Byres, T.J. 1991 "The Agrarian Question and Differing Forms of Capitalist Agrarian Transition: An Essay with Reference to Asia" en Breman, Jan y Mundle, Sudipto (eds.) *Rural Transformation in Asia* (Oxford, Delhi y New York: Oxford University Press).
- Cabral, Amílcar 1979 *Unity and Struggle* (New York: Monthly Review Press).
- Channock, Martin 1985 *Law, Custom and Social Order: The Colonial Experience in Malawi and Zambia* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Cohen, Robin 1991 "Peasants to Workers and Peasant-Workers in Africa" en *Contested Domains: Debates in International Labour Studies* (London: Zed Books).
- Cox, Robert 1977 "Labor and Hegemony" en *International Organization*, 31(3), pp 385-424.
- Cox, Robert 1987 *Production, Power and World Order* (New York: Columbia University Press).
- Cox, Robert 1999 "Civil Society at the Turn of the Millennium: Prospects for an Alternative World Order" en *Review of International Studies*, 25(1).
- Deere, Carmen Diana 2003 "Women's Land Rights and Rural Social Movements in the Brazilian Agrarian Reform" en *Journal of Agrarian Change*, 3(42), pp 257-288.
- Deere, Carmen Diana y León, Magdalena 2001 "Who Owns the Land? Gender and Land Titling Programmes in Latin America" en *Journal of Agrarian Change*, 1(3), pp 440-467.
- De Janvry, Alain 1981 *The Agrarian Question and Reformism in Latin America* (Baltimore, MD y London: Johns Hopkins University Press).
- De Janvry, Alain y Elisabeth Sadoulet 1989 "A Study in Resistance to Institutional Change: The Lost Game of Latin American Land Reform" en *World Development*, N° 17(9), pp 397-407.
- De Janvry, Alain, Sadoulet, Elisabeth y Wolford, Wendy 2001 "The Changing Role of the State in Latin American Land Reforms" en A. de Janvry et al. (eds.) *Access to Land, Rural Poverty, and Public Action* (Oxford: Oxford University Press).
- De Janvry, Alain, Gordillo, Gustavo, Plateau, Jean-Philippe y Sadoulet, Elisabeth (eds.) 2001 *Access to Land, Rural Poverty, and Public Action* (Oxford: Oxford University Press).

- De Oliveira, Francisco 2003 “O Ornitorrinco” en *Crítica à Razão Dualista e Ornitorrinco* (São Paulo: Boitempo).
- Desmarais, Annette-Aurélien 2002 “The Vía Campesina: Consolidating an Inter-national Peasant and Farm Movement” en *Journal of Peasant Studies*, 29 (2), pp 91-124.
- Diamond, Larry 1987 “Class Formation in the Swollen African State” en *Journal of Modern African Studies*, 25(4), pp 567-596.
- Engels, Friedrich 1953a (1894) “O Problema Camponês na França e na Alemanha” en Marx, Karl y Engels, Friedrich *Obras Escolhidas*, Vol. III (São Paulo: Editora Alfa-Omega).
- Engels, Friedrich 1953b (1895) “Introduction to Karl Marx ‘As Lutas de Classe na França de 1848 a 1950’” en Marx, Karl y Engels, Friedrich *Obras Escolhidas*, Vol. I (São Paulo: Editora Alfa-Omega).
- Fanon, Frantz 2001 (1961) *The Wretched of the Earth* (London: Penguin Books).
- First, Ruth 1983 *Black Gold: The Mozambican Miner, Proletarian and Peasant* (Brighton: Harvester).
- Friedmann, Harriet 1993 “The Political Economy of Food: A Global Crisis” en *New Left Review*, 197, enero/febrero, pp 29-57.
- Friedmann, Harriet y McMichael, Philip 1989 “Agriculture and the State System: The Rise and Decline of National Agricultures” en *Sociologia Ruralis*, 29(2), pp 93-117.
- Fröbel, Folker, Heinrichs, Jürgen y Kreye, Otto 1980 *The New International Division of Labour*, traducción de P. Burgess (Cambridge: Cambridge University Press).
- Germer, Claus 1994 “Perspectivas das Lutas Sociais Agrárias nos Anos 90” en Stédile João Pedro (ed.) *A Questão Agrária Hoje* (Porto Alegre: UFRGS y ANCA).
- Gibbon, Peter y Neocosmos, Michael 1985 “Some Problems in the Political Economy of ‘African Socialism’” en Bernstein, Henry y Campbell, Bonnie (eds.) *Contradictions of Accumulation in Africa* (Beverly Hills, London y New Delhi: Sage).
- Gowan, Peter 1999 *The Global Gamble* (London y New York: Verso).
- Graziano da Silva, José 1999 *O Novo Rural Brasileiro* (Campinas: UNICAMP).
- Gwaunza, Elizabeth 1998 “The Impact of Labour Migration on Family Organisation in Zimbabwe” en Sachikonye, Lloyd (ed.) *Labour Markets and Migration Policy in Southern Africa* (Harare: SAPES Trust).
- Hardt, Michael y Negri, Antonio 2000 *Empire* (Cambridge, MA: Harvard University Press).

- Harriss, John 1987 "Capitalism and Peasant Production: The Green Revolution in India" en Shanin, Teodor (ed.) *Peasants and Peasant Societies* (Oxford y New York: Basil Blackwell).
- Harriss, John 1992 "Does the "Depressor" Still Work? Agrarian Structure and Development in India: A Review of Evidence and Argument" en *Journal of Peasant Studies*, 19(2), pp 189-227.
- Hirst, Paul, y Thompson, Grahame 1999 *Globalization in Question*, 2° edición, (Cambridge: Polity Press).
- Holloway, John 2002 *Change the World without Taking Power* (London y Sterling, VA: Pluto Press).
- ILO 2002a *A Future Without Child Labour* (Geneva: ILO).
- ILO 2002b *Unbearable to the Human Heart: Child Trafficking and Action to Eliminate It* (Geneva: ILO).
- Kapadia, Karin 2000 "Responsibility without Rights: Women Workers in Bonded Labour in Rural Industry in South India" en Bryceson, D. et al. (ed.) *Disappearing Peasantries?* (London: ITDG Publishing).
- Kautsky, Karl 1970 "Ultra-Imperialism" en *New Left Review*, 59, enero/ febrero, pp 41-6.
- Kautsky, Karl 1988 (1989) *The Agrarian Question*, traducción de P. Burgess (London y Winchester, MA: Zwan).
- Kay, Cristóbal 1998 *The Complex Legacy of Latin America's Agrarian Reform*, Working Paper Series, N° 268 (The Hague: Institute of Social Studies).
- Kay, Cristóbal 2000 "Latin America's Agrarian Transformation: Peasantization and Proletarianization" en Bryceson, et al. (eds.) *Disappearing Peasantries?* (London: ITDG Publishing).
- Keohane, Robert 1984 *After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy* (Princeton, NJ: Princeton University Press).
- Lal, Deepak 1997 *The Poverty of "Development Economics*, 2° edición (London: Institute of Economic Affairs).
- Lenin, V.I. 1964 (1899) *The Development of Capitalism in Russia*, 2° edición (Moscow: Progress Publishers).
- Linklater, Andrew 1998 *The Transformation of Political Community: Ethical Foundations of a Post-Westphalian Era* (Cambridge: Polity Press).
- Löwy, Michael (ed.) 1999 *O Marxismo na América Latina* (São Paulo: Fundação Perseu Abramo).
- Mafeje, Archie 1997 "The Agrarian Question in Southern Africa and Accumulation from Below" en *SAPEM*, 10(5), pp 33-9.

- Mamdani, Mahmood 1996 *Citizen and Subject: Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism* (Princeton, NJ: Princeton University Press).
- Marx, Karl 1975 "Critique of Hegel's Doctrine of the State" en *Early Writings*, introducido por Lucio Colletti (Harmondsworth: Penguin Books).
- Marx, Karl 1976 *Capital* (London: Penguin Books) Vol. I.
- McMichael, Philip 1997 "Rethinking Globalization: The Agrarian Question Revisited" en *Review of International Political Economy*, 4(4), pp 630-662.
- McMichael, Philip y Myhre, David 1991 "Global Regulation vs. the Nation-State: Agro-Food Systems and the New Politics of Capital" en *Capital and Class*, N° 43, pp 83-105.
- Monal, Isabel 2003 "Porto Alegre en Lucha" en *Crítica Marxista*, N° 16, pp 122-126.
- Mooij, Jos 2000 "Changing Peasantries in Asia" en Bryceson, D. et al. (eds.) *Disappearing Peasantries?* (London: ITDG Publishing).
- Moyo, Sam 1995a *The Land Question in Zimbabwe* (Harare: SAPES Books).
- Moyo, Sam 1995b "A Gendered Perspective on the Land Question" en *SAFERE*, 1(1): 13-31.
- Moyo, Sam 2000 *Land Reform under Structural Adjustment in Zimbabwe: Land Use Change in the Mashonaland Provinces* (Uppsala: Norkiska Afrika Institutet).
- Moyo, Sam 2001 "The Land Occupation Movement and Democratisation in Zimbabwe: Contradictions of Neoliberalism" en *Millennium: Journal of International Studies*, 30(2), pp 311-330.
- Moyo, Sam 2002 "Peasant Organisations and Rural Civil Society in Africa: An Introduction" en Moyo, Sam y Romadhane, Ben (eds.) *Peasant Organisations and Democratisation in Africa* (Dakar: CODESRIA Book Series).
- Moyo, Sam 2003 "The Interaction of Market and Compulsory Land Acquisition Processes with Social Action in Zimbabwe's Land Reform" en Mandaza, Ibbo y Nabudere, Dani (eds.) *Pan Africanism and Integration in Africa* (Harare: SAPES Books).
- Moyo, Sam (de próxima aparición, a) *The Land Question in Africa: Research Perspectives and Questions* (Dakar: CODESRIA Green Book).
- Moyo, Sam (de próxima aparición, b) *Land Redistribution in Zimbabwe: Allocations and Beneficiaries*.
- Moyo, Sam y Romadhane, Ben (eds.) 2002 *Peasant Organisations and Democratisation in Africa* (Dakar: CODESRIA).

- Munck, Ronaldo y Waterman, Peter 1999 *Labour Worldwide in the Era of Globalization: Alternative Union Models in the New World Order* (London: Macmillan).
- Neocosmos, Michael 1993 *The Agrarian Question in Southern Africa and "Accumulation from Below"* (Uppsala: Nordiksa Afrikainstitutet).
- North, Douglass C. 1981 *Structure and Change in Economic History* (New York: Norton).
- North, Douglass C. 1990 *Institutions, Institutional Change, and Economic Performance* (Cambridge: Cambridge University Press).
- O' Brien, Robert, Goetz, Anne Marie, Scholte, Jan Aart y Williams, Marc 2000 *Contesting Global Governance: Multilateral Economic Institutions and Global Social Movements* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Ohmae, Kenichi 1990 *The Borderless World: Power and Strategy in the Interlinked Economy* (London: Collins).
- Olson, Gary 1974 *US Foreign Policy and the Third World Peasant: Land Reform in Asia and Latin America* (London y New York: Praeger).
- Otero, Gerardo 1999 *Farewell to the Peasantry?* (Boulder, CO: Westview Press).
- Patnaik, Utsa 1990 "Some Economic and Political Consequences of the Green Revolution in India" en Bernstein, Henry et al. (eds.) *The Food Question: Profits Versus People?* (London: Earthscan).
- Peta, Gregory, Chibatwa, Gift, Whanya, Etwell, Ngirandi, Trust y Phiri, Douglas 1991 *An Organisational Survey of Five Trade Unions in Zimbabwe*, Yash Tandon (ed.) (Harare: Zimbabwe Congress of Trade Unions).
- Petras, James 1997 "Latin America: The Resurgence of the Left" en *New Left Review*, 223, mayo/junio, pp 17-47.
- Petras, James 2000 "Política Agrícola Estadunidense para a América Latina" en Petras, James y Veltmeyer, Henry *Hegemonía dos Estados Unidos no Novo Milênio* (Petrópolis: Editora Vozes).
- Petras, James y Veltmeyer, Henry 2000 *Hegemonía dos Estados Unidos no Novo Milênio* (Petrópolis: Editora Vozes).
- Petras, James y Veltmeyer, Henry 2001 "Are Latin American Peasant Movements Still a Force for Change? Some New Paradigms Revisited" en *Journal of Peasant Studies*, 28(2), pp 83-118.
- Petras, James, Veltmeyer, Henry y Vieux, Steve 1997 *Neoliberalism and Class Conflict in Latin America* (London: Macmillan).
- Raikes, Philip 2000 "Modernization and Adjustment in African Peasant Agriculture", en Bryceson D. et al. *Disappearing Peasantries?* (London: ITDG Publishing).

- Raikes, Philip y Gibbon, Peter 2000 "Globalisation and African Export Crop Agriculture" en *Journal of Peasant Studies*, 27(2), pp 50-93.
- Rutherford, Blair 2001 *Working on the Margins: Black Workers, White Farmers in Post-colonial Zimbabwe* (Harare, London y New York: Weaver Press and Zed Books).
- Schmidt, Elizabeth 1990 "Negotiated Spaces and Contested Terrain: Men, Women, and the Law in Colonial Zimbabwe, 1890-1939" en *Journal of Southern African Studies*, 16(4), pp 622-48.
- Scott, James C. 1985 *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance* (New Haven, CT, y London: Yale University Press).
- So, Alvin Y. y Chiu, Stephen W.K. 1995 *East Asia and the World Economy* (Thousand Oaks, CA, London y New Delhi: Sage).
- Stephen, Lynn 1996 "Democracy for Whom? Women's Grassroots Political Activism in the 1990's, Mexico City and Chiapas" en Otero, Gerardo (ed.) *Neoliberalism Revisited: Economic Restructuring and Mexico's Political Future* (Boulder, CO y Oxford: Westview Press).
- Strange, Susan 1982 "Cave! Hic Dragones: A Critique of Regime Analysis" en *International Organization*, 36(2), pp 337-54.
- Strange, Susan 1988 *States and Markets* 2ª edición (London: Pinter).
- Strange, Susan 1996 *The Retreat of the State: The Diffusion of Power in the World Economy* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Sylvester, Christine 2000 *Producing Women and Progress in Zimbabwe: Narratives of Identity and Work from the 1980s* (Portsmouth, NH: Heinemann).
- Szelényi, Iván 1998 "Introduction" en Iván Szelényi (ed.) *Privatising the Land: Rural Political Economy in Post-Communist Societies* (London y New York: Routledge).
- UNICEF 2002 *The State of the World's Children 2003* (New York: UNICEF).
- Wade, Robert y Frank Veneroso 1998 "The Asian Crisis: The High Debt Model versus the Wall Street-Treasury-IMF Complex" en *New Left Review*, 228, pp 3-22.
- Walker, R.B.J. 1988 *One World, Many Worlds: Struggles for a Just World Peace* (Boulder, CO, y London: Lynne Rienner y Zed Books).
- Walter, Andrew 1991 *World Power and World Money: The Role of Hegemony and International Monetary Order* (Hemel Hempstead: Harvester Wheatsheaf).
- Waltz, Kenneth N. 1979 *Theory of International Politics* (Reading, MA: Addison-Wesley).
- Warren, Bill 1980 *Imperialism: Pioneer of Capitalism* (London: Verso, ed. John Sender).

Wood, Ellen Meiksins 1995 *Democracy against Capitalism* (Cambridge: Cambridge University Press).

Yeros, Paris 2002a "Zimbabwe and the Dilemmas of the Left" en *Historical Materialism*, 10 (2), pp. 3-15.

Yeros, Paris 2002b, *The Political Economy of Civilisation: Peasant-workers in Zimbabwe and the Neo-colonial World*, tesis de doctorado (London: University of London).